





EL AGUIJÓN



CDD **Boari, Domingo**

A863 **El agujón** / Domingo Boari. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Leviatán, 2018.

120 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN: 978-987-514-975-5

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

Diseño de tapa: Virginia Gallino

Diseño de interiores: Ana Lía Dellacasa

ISBN: 978-987-514-975-5

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
copyright © by **Editorial Leviatán**

Editorial LEVIATÁN, Alsina 1170, piso 5^{to.} of 511
C1088AAF - Ciudad de Buenos Aires - Argentina
Tel. :(011) 4381-8016

Web: <http://www.eleviatan.com>

Impreso en Argentina - Printed in Argentine

DOMINGO BOARI

EL AGUIJÓN

PRIMERA EDICIÓN

leviatán



*A Elsa Grassano,
psicoanalista ejemplar:
sabía escuchar, entender y decir.*



*Entonces conocerán la verdad,
y la verdad los hará libres.*

S. JUAN 8;32



I



Trató de controlarse, pero frente al mingitorio, mientras se bajaba el cierre, Pablo comenzó a sondear el ambiente. A su izquierda, un hombre de saco y corbata orinaba como mirando el techo aunque tenía los ojos cerrados. Hacia su derecha, el cuidador, cerca de la puerta, sentado al lado de una mesita, dormitaba. En un rincón, un viejo mal vestido, hablaba con un adolescente. Pablo, discretamente, los observó con atención: sospechó que estaban en alguna tratativa sexual, pero no lo pudo confirmar. Cuando terminó de orinar, se acomodó la ropa con cuidado, fue hacia los lavatorios, eligió el más limpio, se lavó las manos, se mojó la cara y se secó con toallas de papel. Hacía todo lentamente y aparentaba naturalidad.

Desde la pubertad, los baños públicos, sobre todo por las noches, le producían algo inquietante, y el de la terminal de Santa Fe había sido uno de los primeros, tal vez el que más recordaba.

Se aseguró de que nadie lo estuviese mirando y se puso a buscar en las paredes aquella “poesía” de palabrotas que tanto lo había impactado. Cuando se dio cuenta de que era inútil —esa terminal seguramente había sido

pintada varias veces—, trató de encontrar alguna nueva, aunque en el fondo seguía pensando en aquella primera, que era la que lo excitaba más. Las pocas que había no le despertaron interés y la frustración lo sacó del trance: qué boludo, se dijo, es tiempo de que me deje de joder con esto.

Salió del baño aliviado porque esta vez no había sido grave. Sin embargo, como último coletazo, caminando por la terminal, aunque ya sin excitación, se acordó de esa adolescente a la que había confesado cuando era cura. La chica estaba atormentada por la culpa de haber dibujado unos enormes genitales masculinos en un baño de mujeres. Debajo había escrito: “Quiero una así ya”. Pablo no había querido indagar, porque la pobre ya estaba demasiado avergonzada. Así que eso fue todo lo que supo. Habían pasado unos quince años y, como pecado, era bastante inocente en comparación con otros que le había tocado escuchar, sin embargo esa era una de las poquísimas confesiones que, cada tanto, recordaba con nitidez.

2

Miró la hora en el celular y recién entonces se dio cuenta de que el ómnibus que lo había traído se había adelantado y tendría que esperar un rato hasta que llegara Roque. Presentir el encuentro le trajo una sensación agradable. Se tiró en un banco cerca de la plataforma 12, con una mano sobre el bolso y, distendido, cerró los ojos.

Tres días antes, acosado por la convicción de que estaba cayendo otra vez en el abismo, no había querido ni verse en el espejo, en cambio ahora se sentía contento y estaba en camino a cumplir sus tareas solidarias en el corazón del Chaco. El lunes anterior lo había llamado el Ministro de la provincia para pedirle que fuera a Pampa del Indio a recibir, por fin, el primer subsidio para el proyecto comunitario El Pasaje. Pablo sentía que era un signo de Dios que el viaje coincidiera justo con el cumpleaños de Elpidio, su preferido. Se imaginó el encuentro: el chiquilín corriendo hacia él para abrazarlo; flaquito y vivaracho, con las huellas de la miseria en el cuerpo pero no en el brillo de su mirada. Mentalmente confirmó que llevaba el regalo en el bolso. Y se acordó del entusiasmo con que Lucrecia se había ofrecido para ir a comprarlo. Hacía solo dos semanas que ella se había sumado como voluntaria al proyecto. Se la veía interesada y con una alegría contagiosa. Con lo avispada que es, pensó Pablo, seguro que ya averiguó que yo hasta el año pasado era cura. Y con un giro amargo remató su pensamiento: sí, todos saben que dejé, lo que nadie se imagina ni remotamente es por qué.

3

Sintió algo extraño. Abrió los ojos. Roque, de pie frente a él, lo miraba. Se levantó y se dieron un abrazo. Hacía cuatro meses que no se veían y el saludo le confirmó a

Pablo que, como siempre, estaban en la misma sintonía.

Salieron de la terminal y entraron al restaurante más cercano. En cuanto se sentaron, Roque sacó un paquete del pequeño bolso que llevaba colgado al hombro y dijo:

—Mirá, esto te manda Evangelina para los chicos de Pampa del Indio.

—¡Qué ahijada que tengo! ¿Qué es?

—Son cerca de trescientos lápices de colores y unos cuarenta crayones que juntaron con dos amigas. Anteayer, cuando se enteraron de que ibas al Chaco y pasabas por acá, se pusieron como locas pensando qué mandar y juntaron todo esto. Me dijeron que son prácticamente nuevos.

—¡Che, dale las gracias! Es divina esa piba.

—¡No te creas! Dice que desde que te fuiste a Córdoba la dejaste de lado. No, perdón, voy a ser más textual: lo que me dijo es que la tenés re olvidada desde que armaste eso que vos llamás El Pasaje para ayudar a los chicos del Chaco. Esas son sus palabras. Y me pidió que te diga que no está bien que si vos hacés la tarea cristiana de ayudar a todos, tengas un preferido.

Roque sonreía, pero Pablo se sintió un poco incómodo. Justo vino el mozo y lo sacó del apuro. Después de hacer el pedido, se fueron distendiendo: estiraron un poco las piernas, apoyaron las espaldas en las sillas.

—Estuve comiendo un asado en lo de Norma, te manda saludos —dijo Pablo en un momento.

—Uh, ¿cómo está tu hermana? ¿Cómo estás con ella? O mejor dicho, ¿cómo está ella con vos?

—Bien, ahora todo bien, por suerte. ¿Sabés lo que me dijo? Que para ella, tener un hermano cura era como andar por el mundo luciendo una medalla, y que ahora era como si se la hubiesen arrancado del pecho. Me pidió perdón. Me dijo que era injusto enojarse conmigo porque yo estaba haciendo lo que creía que era lo mejor para mí.

—Norma siempre fue así: honesta y directa.

—Sí, yo la admiro. Parece una pavada, pero no es nada fácil ser honesto con uno mismo. Yo soy más retorcido, siempre me termino enredando.

—Ah, justo estamos en tema: estuve leyendo una novela que me dejó intrigado con la honestidad y la moral.

—Uh, no. Estoy un poco podrido de tener en la cabeza la cuestión lo que está bien y lo que está mal.

—¡Epa!, ¿qué te pasa? Mirá que yo quiero hablar de la ética en un sentido muy amplio, sin criticar a nadie, eh. Pero bueno, está bien, no empecemos ahora.

4

Dos horas más tarde, llamaron al mozo para pedirle café y otra botella de agua. Después, Pablo retomó la conversación.

—Ah, una cosa que no te conté es que Mercedes me recomendó que fuera a otro psiquiatra. Me dijo que ella como psicoanalista no se metía para nada con la medicación, pero... La cuestión es que fui a verlo y el tipo resultó ser un viejo sabio, igual que Mercedes. Después

de charlar un rato, me dice: Padre, si usted está dispuesto a aguantarse la angustia, yo le diría que de a poco, en un tiempito puede dejar las pastillas.

—¿El psiquiatra te dice padre? —interrumpió Roque.

—Sí, pero estoy acostumbrado, hay mucha gente que me llama así todavía.

—Y claro, la pinta y la actitud de cura las seguís teniendo.

—Y ahí ando —siguió Pablo—, ya van más de dos meses que dejé la medicación y me siento fenómeno. Yo creía que la iba a tener que tomar de por vida. Casi cuatro años con esas porquerías.

—¿Tanto?

—Y sí, desde que derrapé en Gaboto y todo eso, que me tuve que ir a vivir a Córdoba, ¿te acordás?

Después de un silencio breve, Roque, con tono afectuoso, dijo:

—Estás haciendo un laburo bárbaro, yo te admiro.

—¿Qué decís? Lo mío no es mérito: yo estoy como un tipo colgado de una rama a punto de caerse al precipicio: ¡o me agarro con todo o me voy a la mierda!

—Mirá, a los que salen del pozo como estás saliendo vos, yo los respeto. A mí me conmueven, qué querés que te diga.

A la una y media de la mañana el Crucero del Norte salía para el Chaco. Después de despedirse de Roque, Pablo subió al micro con la intención de dormir. Había conseguido una butaca individual y se notaba que el coche era cómodo.

Cuando estaba por acomodarse en su asiento, una chica que venía por el pasillo le pidió permiso. Se corrió un poco y ella pasó por delante de él dándole la espalda. Fue un instante, pero él sintió que ella, a propósito, había hecho un movimiento para rozarlo con la cola. ¿O había sido él que, como por automatismo, se había adelantado unos centímetros? Sintió una excitación tan súbita e intensa que creyó que se mareaba. Pudo controlarse, se sentó, respiró hondo dos veces y poco a poco la erección fue decayendo.

Se puso obsesivo: pretendía determinar si el movimiento lo habían hecho ella o él. Si había sido casual o si se trataba de una acción voluntaria, amparada en el disimulo. Pensó que podría salir de la duda si le veía la cara. Pero la chica se había sentado muy atrás y él no tenía excusas para ir a mirar.

Ya en viaje y despabilado por el suceso, le vino un recuerdo.

Tenía trece años y, como era frecuente para él en esa época, volvía de un pueblo cercano en uno de esos micros que los lugareños llaman lecheros. Era una tarde

calurosa, el colectivo ya iba bastante lleno, y a mitad de camino, al costado de la ruta, otro coche de la misma empresa estaba detenido. Los pasajeros esperaban ansiosos el momento de llegar a destino y uno a uno fueron subiendo. Cuando volvieron a emprender el viaje, como suele decirse, no cabía un alfiler.

Pablo lo piensa y lo vuelve a pensar: él a los trece años, tímido y reprimido, no puede haber sido nunca el responsable de lo que pasó esa tarde. Una teta voluminosa y firme le había rozado el brazo una y otra vez. La portadora, para él, era grande: una señora que tendría unos cuarenta años. Ella no se mostró molesta ni parecía querer hacer nada para cambiar su posición. Al contrario, levantó un poco el brazo para tomarse del pasamanos y las tetas quedaron en contacto más directo con el brazo de Pablo, justo a la altura de donde terminaba la manga corta de la remera. Tal vez para disimular, ella hacía comentarios sobre el calor, el mal servicio de las empresas de transporte y otras cosas. Pero era evidente que no hacía nada para evitar el roce. Por eso Pablo se animó y giró un poco, aparentando buscar mayor comodidad, cuando en realidad lo que quería era estar bien de frente para que las tetas se apoyaran lo más posible en su pecho. La proximidad de las caras aumentaba la excitación. Estaban tan apretados que nunca pudo saber si la mujer vestía pantalones o pollera, pero tuvo la sensación de que él llegó a apoyarse en la entrepierna de ella. Ni en sueños le había pasado algo así. Ella parecía consentir todos los roces provocados por el vaivén del colectivo hasta que

en un momento, poco a poco, rotó ciento ochenta grados y sus nalgas se apoyaron enteras sobre la turgencia de Pablo. Unos pocos movimientos y el efecto se produjo. Pablo supo enseguida que ella había sentido sus estremecimientos inexpertos. Cerró los ojos, sintió calor en el rostro y humedad entre las piernas. La mujer no podía verlo, pero él estaba prácticamente seguro de que ella imaginaba el rubor en sus cachetes. De lo que no estaba seguro, ni podía siquiera sospecharlo, era de si ella sentía placer y cuál podría ser. El viaje duró un cuarto de hora más. Los roces se redujeron a lo natural para esas circunstancias. Ella volvió a girar y en algún momento se cruzaron levísimas miradas que Pablo interpretó como cómplices. Ahora lo recuerda bien: se ve a sí mismo caminando hacia su casa apurado, no quería cruzarse con alguien que viera las manchas en el pantalón. Y sobre todo no quería que nadie interrumpiera las sensaciones que lo inundaban. Logró llegar y tirarse en la cama de su habitación. Casi en penumbras, recostado boca arriba, con los ojos cerrados, dejó decantar una mezcla inexplicable de vergüenza y orgullo.

6

Entumecido y sin saber dónde estaba, se despertó en la terminal de Resistencia. Hasta allí había ido a buscarlo Ramón con la camioneta de El Pasaje. A media mañana se detuvieron en General San Martín. Hicieron compras,

cargaron donaciones y a la tarde temprano ya estaban camino a Pampa del Indio.

A Pablo se le fueron llenando los ojos de ese amplísimo paisaje grisáceo. La sequía de varios meses había transformado la planicie en un triste desierto de árboles calcinados y sedientos.

Ramón, hombre de poquísimas palabras, manejaba ceremoniosamente. La camioneta —un tanto vieja, pero con aire acondicionado— recorrió con pesadez los casi cien kilómetros de pavimento ardiente.

Los recibió don Arias, un viejo toba en el que Pablo había encontrado el mejor colaborador. Se abrazaron y después de soltarse tomaron un poco de distancia. Sonreían satisfechos, se miraban mutuamente de arriba a abajo.

Arias había pasado los ochenta hacía rato y era el mejor exponente vivo de su raza. Parecía que los años lo perfeccionaban. El rostro, surcado de profundas arrugas, dejaba ver que estaba hecho de materia maciza. La piel del color de la tierra, lejos de ser opaca, emitía leves destellos cobrizos. El cabello, abundante y lacio, había cambiado su color marrón original por el de la plata pulida. Al verlo, se comprendía de inmediato por qué, en la zona, se decía con orgullo que el dios chaqueño que moldeó al toba primordial se había tomado el trabajo adicional de darle lustre.

Todavía estaban los tres en la vereda cuando llegó Elpidio corriendo. Venía desde lo del ruso Urbanosvki con la bolsa de pan fresco. Agitado, se abrazó con Pablo que

lo levantó medio metro por el aire, hizo un giro completo y lo depositó de nuevo donde estaba.

Elpidio era pura felicidad sin palabras, y a don Arias no se le escapó que en la mano tenía algo que guardaba con cuidado.

—Parece que el Ruso otra vez te dio una yapita.

—Sí —dijo Elpidio—, me dio un caramelo grande de dulce de leche porque sabe que me gustan.

Pablo puso una mano sobre la cabeza de Elpidio y buscando complicidad le dijo:

—Te conviene comerlo enseguida porque en la mano se te va a calentar.

Arias los miraba. Hacía más de seis años que se había hecho cargo de Elpidio y varias veces había manifestado dudas sobre su real capacidad de criarlo. Cuando venía Pablo, el viejo desbordaba felicidad viéndolos juntos. Él no era el abuelo, pero Elpidio lo llamaba así. No se sabe quién eligió primero a quién, porque Arias había colaborado en su crianza desde siempre. Y Elpidio, que jamás había sabido nada de su padre y se había quedado sin mamá cuando apenas tenía cuatro años, se aferró al viejo sin dejar resquicios.

Después de varias rondas de mate, el viejo dijo:

—Bueno, tenemos tres días de fiesta. Esta noche empezamos con asado. Y me parece, Pablo, que a usted lo estaban esperando para ir con la camioneta a buscar leña a lo de Ramírez.

Elpidio ya estaba caminando hacia la puerta.

Cuando volvían, Elpidio sin preámbulos dijo:

—¿Sabés que yo sé quién es mi papá?

Pablo trató de disimular el impacto.

—¿Ah, sí?

—Sí, el ruso Urbanosvki es mi papá. Mi abuelo me contó. Le pregunté tres veces y al final me lo dijo.

Pablo empezó a manejar más despacio para dar tiempo al diálogo.

—El abuelo me explicó todo. Me dijo que el Ruso no es malo, pero que tiene un miedo bárbaro de que se le enoje la mujer, porque él cuando la embarazó a mi mamá ya estaba casado y tenía hijos.

Pablo escuchaba. No sabía qué decir.

—Igual yo sé que lo mejor es callarme. No le dije a nadie, a vos nomás.

Hizo una breve pausa y siguió. Se veía que eran cosas que tenía muy pensadas.

—Y me dijo que el Ruso a veces le da algo de plata para que me compre cosas. Pero yo no sé si lo quiero al Ruso. Bah, un poco sí, porque a mí ya me parecía que me miraba distinto que a los otros chicos. Y cuando estoy solo o con mi abuelo, si no hay otra gente que nos vea, me da caramelos o alfajores. La mujer no, siempre parece enojada y ni me mira.

Pablo conocía la madurez de Elpidio, pero no dejaba de sorprenderse.

—Igual, aunque un día el Ruso me quiera y todo, a mí no me gustaría tener el apellido Urbanosvki. A mí me gusta Elpidio Herrero, y si no, si un día el abuelo me adopta puedo ser Elpidio Arias también.

Pablo se hamacaba imperceptiblemente, asintiendo.

—¿Y el Ruso sabe que vos sabés?

—Me parece que no. Bah, no sé, porque yo no le dije nada, y creo que el abuelo tampoco. Pero el otro día yo lo estaba mirando y cuando él se dio vuelta, traté de disimular. Tal vez se dio cuenta. Tengo miedo de que él se enoje si sabe que yo sé.

—No, enojarse no se va a enojar, pero le puede dar un poco de miedo de que se entere la mujer.

—Sí, es medio cagón, ¿no?

—¿Cómo?

—Sí, una vez mi abuelo dijo que si un hombre tiene miedo de que la mujer se enoje es cagón. Y también dijo que si uno tiene miedo es peor, porque cuanto uno más se agacha más el culo se le ve. Así dijo.

Pablo meneó la cabeza y sonrió.

—Es pícaro tu abuelo, eh.

—Entonces ahora tengo dos hermanos —siguió diciendo Elpidio—. Pasa que Bruno, que está acá, nunca me habló. Él está con su moto y cuando no está trabajando desaparece. Y al más grande, que es cura, no lo conozco. Dicen que es buenísimo, pero no viene nunca. A lo mejor si un día viene, con él sí puedo hablar. Eduardo se llama. Yo entré dos veces al comedor de la casa del Ruso y lo vi en una foto grande, y es cierto, está sonriendo y tiene

cara de bueno. Y en otra foto está al lado de unos chicos negritos. Yo no digo nada, pero miro todo, ¿sabés?

8

Pablo conocía la historia porque Arias le había contado su versión con bastante detalle: el ruso Urbanosvki, que era efectivamente el padre biológico de Elpidio, vivía ahí nomás, a doscientos metros. Hasta que se retrajo por el nacimiento inesperado, el Ruso se ufanaba de ser un hombre de bien, y su mayor orgullo era tener un hijo cura que había estudiado en Italia y estaba de misionero en Mozambique. Él, su mujer y el hijo más chico se dedicaban al negocio familiar: un almacén de ramos generales que fundó el abuelo cuando vino de Ucrania. La Jackie trabajaba para ellos desde los doce años. Flaquita y desarrapada, siempre andaba por el galpón grande limpiando y alimentando a los animales. A los quince, cuando ni siquiera había llegado a desarrollar algún atractivo, Urbanosvki ya la miraba de reojo. Vio cómo son esas cosas, había dicho el viejo Arias, se ve que ella buscaba protección porque siempre que la miraban respondía con una sonrisa. Y el Ruso debe de haber malinterpretado los gestos y empezó a inventar motivos para merodear por el galpón grande. Se ve que en poco tiempo pasaron las barreras para intercambiar migajas: él habrá recibido una satisfacción ínfima y ella vaya a saber si llegó a recibir algo de cariño. En unos meses consiguieron justo lo con-

trario de lo que buscaban. El Ruso se quedó sin aire y con taquicardia, había dicho Arias, y ella, desamparada y sin trabajo. Cuando nació Elpidio, el Ruso, a escondidas y en cuentagotas, le pasaba algo de plata. Tenía terror de que se dijera que era hijo suyo aunque en realidad nadie lo dudaba. La única que nunca quiso saberlo fue su mujer, que demostró una habilidad increíble para no enterarse.

Por mucho que se lo mirara, a Elpidio no se le notaba ni el más mínimo rastro de ascendencia ucraniana: al contrario, parecía un toba tan originario como el mismísimo Arias. Tampoco se podía entender cómo de una madre escuálida y triste podía haber nacido un chico con ojos tan vivaces y esa ternura natural.

La Jackie nunca se recuperó ni física ni emocionalmente. Con ayuda de los vecinos —Arias el primero— sobrevivió unos años hasta que murió, de tuberculosis según algunos, y en opinión de otros, de pulmonía.

Desde entonces, la dedicación de Arias para con Elpidio fue irreprochable, pero el viejo estaba viejo y la diferencia de generaciones se notaba. Por esa fisura había entrado Pablo en el corazón de Elpidio. Y Elpidio captó enseguida que en Pablo había mucho para él.

9

Ramón vino desde la parrilla y puso sobre la mesa una tabla con chorizos y trocitos de riñón. Arias, orgulloso, ofreció el mejor vino que estaba a su alcance y a Pablo

se le hizo difícil negarse. Arias no podía entender los argumentos.

—No, don Arias, usted no me cree pero yo no puedo tomar vino. Fue por el alcohol que yo no pude seguir siendo cura. Ahora estoy un poco mejor, pero hace un tiempo era un desastre.

Sentado en medio de los dos, Elpidio miraba a uno y a otro. Ramón, entre la mesa y la parrilla, era un testigo mudo.

—Borracho es el que toma solo —dijo Arias—, ¿qué le va a hacer un vaso de vino con nosotros?

—Lo que pasa es que yo soy alcohólico, don Arias, si tomo un vaso me pierdo.

—Sí, sí. Borrachos conozco muchos, pero usted no es.

—No parezco, querrá decir, Don Arias, pero sí, lamentablemente sí. Ahora estoy haciendo un tratamiento... Y además voy a reuniones todos los días —subrayó—, con gente a la que le pasa lo mismo que a mí.

—¿Todos los días? —dijo el viejo, entre sorprendido e incrédulo.

—Sí, don Arias, esto no es joda. Todos los días: sábados, domingos, feriados, Navidad y Año Nuevo. El que está en una adicción así, si no se la toma en serio no sale. Solo es imposible.

Arias lo miraba.

—El alcoholismo es una enfermedad, es como el cáncer, está en una parte del cuerpo pero le invade toda la vida. A mí me agarraba a la noche. Si a la tarde tomaba una cerveza, a la noche ya no era dueño de mí. De día

nadie se daba cuenta. Bah, eso creo. Después la pasaba mal, atormentado, y no pude seguir como cura. No me lo pidió nadie pero yo no quise.

El viejo movió la cabeza para un costado y dijo:

—Una pena, usted debe de haber sido un flor de cura.

—No crea, don Arias, no es lo que parece. No se puede tener dos vidas tan opuestas. ¿Cómo iba a venir a un pueblo como este, por ejemplo, a ayudar a la gente si a la noche andaba haciendo desastres? Yo no me podía mirar al espejo, ¿sabe lo que es eso?

Elpidio escuchaba. Sabía que no era momento de hablar.

—Bueno, Ramón —dijo el viejo—, este placer es solo nuestro entonces.

—Esperen —dijo Pablo—, nosotros no tomamos pero podemos brindar, ¿no es cierto, Elpidio?

—Sí, pero no por mi cumpleaños, porque recién es pasado mañana.

10

Al otro día se hizo la ceremonia de entrega del subsidio que daba la Provincia. El acto fue en la sede del Centro Comunitario, con la presencia del Ministro de Desarrollo Humano y el Intendente, que se fueron enseguida. En el Centro siguió el festejo con un almuerzo.

Hacía dos años, cuando Pablo fundó El Pasaje en Córdoba, el Centro Comunitario de Pampa del Indio pasó

a ser una subselección y a recibir ayuda. Desde entonces las cosas mejoraron notablemente: ingresaron más alumnos y docentes, se sumaron voluntarios y se abrieron actividades nuevas. La fiesta en cierta medida era en honor a Pablo.

La actividad continuó bien entrada la tarde, después de la siesta. Ese día, en la cancha del Centro Comunitario se jugaban dos partidos del campeonato local: uno de la categoría “sub 12” y otro de la “sub 17”.

Elpidio estaba ansioso: había mucha gente y además, Pablo. Su equipo enfrentaba a Río Teuco, que iba primero en las posiciones. Elpidio corrió como nunca pero a pesar de ser locales, al final del primer tiempo perdían tres a uno.

En el descanso Pablo habló algo con el papá de Andrésito, que era quien dirigía el equipo, y después le dedicó varios minutos a Elpidio. Le dijo que no corriera tanto, que jugara más de defensor, y sobre todo que se dedicara a marcar a un chico de Río Teuco que tenía la camiseta con el 8.

Arias, que no entendía nada de fútbol, miraba en silencio.

En el segundo tiempo Elpidio jugó mucho mejor, fue tomando confianza como marcador del 8 y el partido terminó 4 a 4.

Mientras los chicos se cambiaban y los más grandes se preparaban para el segundo partido, Arias y Pablo fueron a la cocina a preparar el mate y volvieron a sentarse en los tabloncitos. El viejo no pudo esperar:

—¿Vio qué grande y qué maduro que está Elpidio?

—Sí —dijo Pablo—. Me imaginaba, pero igual me sorprendió. Y lo veo muy contento también.

—Sí —dijo Arias—. Yo pensaba hablar después, pero mejor hablo ahora nomás.

Se rascó la cabeza, lo miró a Pablo por el rabillo y se animó.

—Usted, Pablo, se da cuenta de que ese chico tiene vuelo. Yo estuve pensando que...

Para darse unos segundos más empezó a tomar el mate que tenía en la mano.

—Porque acá la escuela le queda chica, ¿vio? A Elpidio lo quiero como nunca quise a nadie, pero ese chico necesita cerca a alguien como usted. Yo estoy medio viejo, o viejo del todo, para decir la verdad.

Pablo se puso nervioso.

—Sí, bueno, aquí me tiene. Dos o tres veces al año vengo. En el verano estuve como quince días.

—No, bueno, no digo un rato, yo digo que esté cerca todo el tiempo. A mí se me va a partir el corazón, pero lo mejor es que en febrero, marzo, Elpidio se vaya con usted a Córdoba.

Pablo acusó el impacto y cambió la posición en el tablón, pero se alivió al darse cuenta de que tenía cinco meses por delante para pensar o prepararse.

—Mire, don Arias, es un tema delicado, hay que pensarlo bien. Puede ser. No le digo que no, pero...

—Sí, pero no afloje, mire que entre usted y yo tenemos la responsabilidad de hacer de él un hombre de bien. Yo

en mi vida ya di todas las naranjas que podía, ahora me toca tratar de que Elpidio dé sus propias naranjas. Y de yapa que dé sombra también. Sería una picardía que se desperdicie la riqueza de ese chico.

11

Pablo pensaba que esa noche iba a poder descansar, pero con la propuesta del viejo Arias tardó un par de horas en dormirse. Él, que había sido llamado padre durante tanto tiempo y que había hecho de papá muchas veces, estaba desconcertado ante la posibilidad de adoptar a un hijo. Se imaginaba los cambios que vendrían: un chico, aunque tenga once años, requiere una atención muy grande; seguramente en Córdoba, Alicia lo iba a poder ayudar, tenía hijos de la misma edad. Le dio miedo de que fuera demasiado compromiso y una atadura también: con un chico en la casa no podría salir de noche nunca más. Bueno, eso tal vez sea una ventaja, se dijo. Se entusiasmó con la idea de llevarlo todos los sábados a jugar a la pelota, pero después se preocupó por el colegio. Si Elpidio fuera a la escuela al turno mañana, él podría ir sin problema a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Nunca se había detenido a observar el colegio primario que estaba a una cuadra de la sede central de El Pasaje. Se imaginó a Elpidio subiendo los escalones de la entrada, y se durmió contento con una frase que parecía el título de un cuento: Un tobita en Córdoba.

Al otro día, se sonrió frente al espejo del baño al recordar que el título imaginado derivaba de algo que había leído en la adolescencia, un escrito sobre Ceferino Namuncurá que se llamaba Un mapuche en Turín.

Cuando llegó a la cocina, Arias ya estaba levantado.

—Ahora en un ratito abren la panadería donde venden unos pastelitos que le gustan a Elpidio —dijo el viejo—. Le podemos dar la sorpresa.

Así que con el desayuno comenzaron los festejos. Cuando estaban en la sobremesa, Pablo trajo un paquete y se lo dio a Elpidio, que en dos segundos rompió el envoltorio y se encontró con la camiseta de fútbol de Argentina con el número 5. Sin rodeos, se la calzó encima de lo que tenía puesto y se abrazó con Pablo.

—¡Gracias, gracias, es el mejor regalo del mundo! ¿Me la puedo dejar?

—Sí, claro —dijo Pablo—, tenés que gastarla este año, porque el que viene te va a quedar chica. Ah, vení, traé un lápiz, un cuaderno borrador y sentate acá que te quiero explicar una cosa.

Elpidio vino con sus útiles escolares y se sentó al lado de Pablo. Arias y Ramón observaban.

—Mirá —empezó Pablo—, yo conozco bien cómo jugás vos, por eso te compré la camiseta número 5. Fijate, vamos a dibujar la cancha... El 5 es el “mediocampista central”. Este sos vos.

Dibujó un chico cerca del medio campo y fue trazando flechitas mientras le describía todas las funciones del 5. Elpidio miraba serio.

—Ah, es parecido a todo lo que me dijiste en el partido de ayer.

—Sí, claro, ¿viste que jugaste mejor? Pero ayer tuviste que marcar al 8 y jugar mucho en defensa, otras veces tenés que ayudar a los de arriba o a los costados. Ese es un buen mediocampista central.

Elpidio no se sacó la camiseta en todo el día. A las seis de la tarde era el festejo con los amigos en el Centro Comunitario y los chicos habían organizado un partido informal.

Arias y Pablo, otra vez sentados en los tablones.

—Sabe, don Arias, que estuve pensando en lo de llevarme a Elpidio a Córdoba y no sabía muy bien qué hacer. Pero hoy a la mañana me desperté acordándome de Ceferino Namuncurá.

—Sí, ese indio es palabra mayor.

—Bueno, justamente, ese es el ejemplo. A él lo llevaron de la Patagonia a Buenos Aires, y después a Turín y a Roma.

—Ahí tiene —dijo Arias—, qué mejor ejemplo.

—No, don Arias, ese es un mal ejemplo. A Ceferino lo trasplantaron sin cuidarlo. Con el traslado de la Patagonia a Buenos Aires y metido de pupilo en un colegio salesiano, el chico se enfermó. La quisieron arreglar mandándolo a Turín, por el clima, y fue peor: allá terminó muriéndose. ¿Sabe lo que es un cambio así?

Arias se quedó callado y Pablo siguió.

—Por eso yo pensé que lo mejor es que Elpidio se quede acá unos años más. Por ahí este verano lo lle-

vo una semana para que conozca. Lo vamos preparando bien y después, si él quiere, se viene conmigo a estudiar allá.

El viejo escuchó y, por la cara, no se podía saber si lo que decía Pablo lo alegraba o lo entristecía.

—Además, don Arias, si usted lo piensa bien, se va a dar cuenta de que ese chico tiene que crecer acá, y que no hay nadie como usted para criarlo. Usted dice que está viejo, pero cuando veníamos, Ramón me dijo: “Desde que está con Elpidio, parece que p’al viejo los años corren p’atrás”.

Arias sacudió un poco la cabeza, pensando, y dijo.

—No se crea, Pablo, no se crea, estoy viejo.

12

A las diez de la noche, Pablo estaba en la terminal de Resistencia a punto de partir hacia Córdoba. Recostado en un asiento individual del micro, volvió a ver a Elpidio corriendo con la camiseta número 5 y sintió de nuevo sus bracitos apretándolo fuerte en la despedida. ¿Quién hubiera dicho? Son raros los designios de Dios: hacía casi tres años que había dejado el sacerdocio, el intento de formar una pareja había sido un fracaso y ahora, a lo mejor, terminaba adoptando a un chico.

A las ocho de la mañana se despertó en Córdoba. Bajó del ómnibus y prefirió caminar unas cuadras para despabilarse. No quiso comprar el diario. Cuando se sintió bien

despierto, buscó la parada del colectivo que lo llevaría a su casa.

Subió distraído, caminó unos pasos hacia el interior del coche. Su mirada se cruzó con la de una chica de camisa lila, que estaba sentada en un asiento doble. Dudó: ¿la chica lo había mirado? La observó con sigilo, ella se estaba acomodando la camisa. ¿Era un gesto automático o se le estaba insinuando? Los primeros dos botones desprendidos dejaban ver muy poco del nacimiento de los senos y las mangas largas completaban la imagen de una persona recatada. Pero el recato tal vez fuera fingido. Pablo había comenzado a morderse el labio inferior, del lado derecho, y se le había acelerado levemente la respiración. Se corrió más hacia el fondo, hasta donde estaba la chica. Puso el bolso en el piso, se tomó del pasamanos y quedó a pocos centímetros del borde del espaldar del asiento en el que estaba ella.

Miró con disimulo a derecha e izquierda. Esperó, calculó. En la parada siguiente subieron varios pasajeros. Cuando pasaron por detrás de él, fue el momento. Se corrió un tanto hacia su izquierda y otro tanto hacia delante, de modo que ya no se apoyaba en el borde del respaldo sino en el brazo con la camisa lila. Hacía como que miraba hacia el fondo del coche, pero con el rabillo del ojo alcanzaba a ver que la cabeza de la chica no se movía. Eso significaba que ella no quería darse cuenta... o que consentía. Desde su posición podía ver algo más de los senos y notar el borde del corpiño negro. Después de unos segundos dejó de apoyarse pero se quedó en el lu-

gar. Cuando hubo nuevos movimientos entre los pasajeros se apoyó con más fuerza. Aparentó buscar equilibrio cambiando la posición del brazo con el que se sostenía, pero dejó el cuerpo apoyado y quieto. El colectivo dobló favoreciendo que se inclinara más aún hacia la chica. Ella se movió un poco hacia la ventanilla, acercándose a la desconocida que estaba sentada a su lado. Él se corrió levemente, dejó de estar en contacto con el brazo lila y, con el torso hacia delante, recuperó el equilibrio.

En ese momento se dio cuenta de que una señora lo miraba. Desde donde ella estaba era casi imposible que hubiese notado algo, sin embargo, a él le pareció que sí. Procuró disimular agachándose para agarrar el bolso, pero sentía los ojos de ella en la nuca, y de golpe creyó recordar esa cara. ¿Dónde la había visto antes? Probablemente fuese del barrio y lo conociera. Más nervioso aún se puso cuando se preguntó si no era esa mujer la que había ido hacía unas semanas a El Pasaje a hacer una donación de libros y útiles escolares.

Fingiendo torpeza y apuro avanzó hasta la puerta de atrás, y aprovechando que el colectivo estaba detenido en una parada logró saltar antes de que se pusiera en marcha.

Mientras caminaba sin rumbo, el terror por la posibilidad de haber sido reconocido fue dando paso a la desesperación. Pasó junto a un árbol y apretando los dientes amagó una trompada que quedó trunca. Lo irritaba la impotencia: no podía volver el tiempo atrás. Hubiese querido que lo atropellara un colectivo, desaparecer para

siempre. Otra vez en el mismo infierno en el que se había metido tantas veces. ¡Justo ese día, después de tanta felicidad con su viaje, con Elpidio, con todo! Era inútil. Todo era inútil. Él no tenía arreglo. Por más que Mercedes fuera comprensiva y tratara de transmitirle esperanza, por más que Roque lo animara, él no tenía arreglo. Dejar de ser cura no le había servido para nada: lo que hacía no era menos perverso ahora que era un hombre común. Él era un ser miserable en sí mismo, con o sin hábito. Una mierda. En el fondo, esa era su verdad más honda, no era más que una mierda. Intentó serenarse: la caída había sido leve, en comparación con otras veces. ¿Cómo leve?, se preguntó. ¿Es que estaba perdiendo hasta la consideración más elemental por el otro? Haber pensado en traerlo a Elpidio había sido un desatino. Una prueba más de que él no estaba bien de la cabeza. Ni siquiera tendría que estar coordinando El Pasaje.

Llegó a una plaza y, cuando se dio cuenta dónde estaba, la cruzó en diagonal y entró en la iglesia. Se quedó en el fondo. Estaba totalmente solo. Se puso de rodillas tomándose la cabeza con las dos manos. Hubiese querido llorar, pero no pudo. Después de un rato pensó que sería bueno hablar con un cura, quizás a Dios le quedara todavía un poco de misericordia. No había nadie. ¡La puta madre! Al final es cierto que cuando uno necesita un cura nunca hay, se dijo.

Pensó que la ducha lo sedaría, pero fue peor. No puedo, no puedo, nunca voy a poder. Por más que me refriegue no me voy a poder sacar de encima la resaca del mal, la mierda esta la llevo debajo de la piel, se dijo.

La palabra resaca lo golpeó y lo llevó a pensar que todo el episodio podía ser un caso de borrachera seca. Recitó de memoria el primer paso de AA.: Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables. Sí, claro, que mi vida se volvió ingobernable es seguro, yo el primer paso lo doy. Lo que dudo mucho es de que pueda dar el segundo: si existe un Poder Superior a nosotros mismos que pueda devolvernos el sano juicio, seguro que yo no lo voy a aprovechar.

A pesar de todo, quince minutos después estaba yendo a la reunión del grupo. Salió a las doce, menos enojado y más triste de lo que había entrado, y se encaminó hacia El Pasaje.

Se alivió al pensar que como era lunes, a Lucrecia no le tocaba venir. No quería ser descortés con ella, que hacía poco se había sumado el proyecto. Con Alicia tenía plena confianza: hacía dos años que compartían el trabajo cotidiano. Igual Pablo hubiera preferido estar solo.

Alicia lo recibió con alegría y curiosidad. Estaba al tanto de lo que había ocurrido en Pampa del Indio, pero quería que Pablo le contase todos los detalles, en espe-

cial lo que había pasado con Elpidio. Y Pablo tuvo que compartir la charla con ella deslizándose en dos planos. Mientras en la superficie describía el orgullo con que Elpidio lucía el regalo, por debajo le pinchaba la espina de ser un falso de mierda. Había convivido con esa dualidad la mayor parte de los días de su vida, pero la costumbre no atenuaba el malestar.

Se decidió y llamó a Mercedes para pedir una sesión extra lo antes posible.

Llegó a Río Ceballos una hora antes. Subió, lento, por la calle de ripio, buscó un recodo con vista panorámica hacia la planicie distante y se sentó sobre el muro de contención. Sin pensar en nada, miraba a lo lejos las últimas laderas serranas que iban a perderse en el horizonte impreciso de la llanura. Todo estaba cubierto de vegetación autóctona, tupida y baja.

¿De quién será todo esto? “Tierras fiscales”: lo sorprendió el recuerdo de esa expresión de su padre; le pareció que el tono era crítico. Cerró los ojos durante un minuto y cuando los abrió, observó unas florcitas amarillas, comunes de la zona.

Un rato después comenzó a ascender con pesadez por el camino empinado. En el silencio total escuchaba el crujir de sus propios pasos. Cuando se detuvo, sintió el murmullo de un hilo de agua que bajaba serpenteando por el pasto, entre el camino y la ladera escarpada de la sierra. En silencio, recordó una canción: Tú que puedes, vuélvete/ me dijo el río llorando. Y después otra: Por el río me voy, con la lluvia vendré. La contradicción lo llevó

a filosofar: vaya a saber si vamos hacia abajo sin remedio o esto es una rueda eterna.

A las cuatro y media en punto tocó el timbre. El encuentro con Mercedes fue cordial, y después de cincuenta minutos se sentía muy diferente. No es que se sintiera bien, pero había salido de la pesadumbre. Su interés ya era otro, y antes de despedirse había tomado una decisión: esa semana iba a volver a lo de Mercedes las veces que hicieran falta.

Cuando estaba en la calle, empezó a pensar en Roque.

14

Pablo y Roque se quedaron en un hotelito de Tanti y al día siguiente emprendieron el viaje a Los Gigantes. Era una mañana radiante. Transitaban sin apuro esa amplia meseta ascendente bien llamada alguna vez desierto de piedra.

Roque aprovechó un silencio largo y sacó una vez más el tema de los fundamentos de la ética. Cuando quiso argumentar metiendo como ejemplos unas películas de Woody Allen, Pablo lo interrumpió:

—Uh, esta conversación se te está yendo al precipicio. ¿Woody Allen para discutir sobre la ética?

—Bueno, che, yo no lo juzgo. Y además hay gente jodida que tiene ideas brillantes. Y sabés a quién me refiero.

Se quedaron callados. Parecía que solo miraban el paisaje, pero cada uno seguía hurgando en sus pensamientos. El que retomó el tema fue Pablo.

—No hay que meterlo a Dios, porque es un tema de fe. Para mí, el querer sentirse bien con uno mismo, las ganas de ser de una sola pieza, debe ser la motivación más fuerte para la conducta moral. No sabés lo bien que me hizo a mí poder blanquear lo del alcoholismo. No lo publico en el diario, pero me puedo sincerar. En cambio, lo de la mierda esa que vos y yo sabemos, no se lo puedo confesar a casi nadie y ando arrastrándome como una larva.

—En eso te entiendo, sería bastante diferente si fuera confesable. Pero fijate, ahí hay algo muy interesante en lo que a vos te pasa.

—¿Interesante, boludo? Pará.

—Bueno, no, interesante no es la palabra. Pero hay algo... no sé, importante. Con todas las veces que vos te expusiste y con el miedo que tenés de que se descubra, nunca se hizo público, nunca un escándalo.

—Sabés los sustos que me pegué y las veces que zafé.

—Bueno, yo no soy psicólogo, pero para mí eso no es casual. ¿Por qué hay infidelidades que se descubren y otras no? A veces es muy evidente que junto con la infidelidad está la intención de que el otro se entere.

—Sí, ¿y a qué viene todo eso?

—Y bueno, se ve que tus cagadas son como para tu intimidad.

—Bueno, hay cagadas que son abusos sobre los otros...

—Uh, sí. Pero bueno, pongamos las otras, las que sólo te hacen mal a vos. Vos no te incinerás.

—Mirá, puede ser, pero yo a veces me imagino que si alguna de mis cagadas se hiciera pública sería terrible, y después pienso que todavía más terrible es vivirlas solo, para adentro. La verdad, Roque, yo creo que vos no te podés imaginar lo mal que me siento.

15

Pablo hacía tiempo que, prácticamente, había dejado el cigarrillo, pero de tanto en tanto alguno que otro encendía. En eso estaba, en una reposera, a la sombra de unos sauces llorones, escuchando el murmullo del agua, al pie de los Gigantes, muy cerca de las nacientes del Yuspe.

Roque se movió en su propia reposera y se despertó.

—¿Qué hacés fumando? —preguntó.

—Vos te pegaste una dormida tremenda. Pero yo a los diez minutos estaba despierto.

—¿Qué te preocupa?

—Nada, lo de siempre: mi locura, ¿en qué querés que piense?

—Uh —murmuró Roque—. Yo estaba tranquilo durmiendo, te traigo al aire puro de las sierras y vos te querés meter en lo podrido.

—Sí, el aire estará limpio pero no me puedo hacer el boludo, del quilombo no voy a salir distrayéndome.

—Bueno, pero esperá que me despierte —dijo mientras se desperezaba un poco—. ¿Ya hiciste mate?

—No todavía —respondió Pablo y se levantó para ir a buscarlo.

Cuando se sentó de nuevo, siguió con su tema.

—A mí la locura me toma por sorpresa. Ojalá tuviera señales. Bueno, sí, tengo patinadas que podrían ser señales, pero cuando caigo en el abismo me toma por sorpresa.

—¿A qué viene esto ahora?

Pablo hizo un chasquido con los labios y empezó.

—No, no te conté, pero hace como un mes la pasé para la miércoles. Casi me volví loco, después de tocar el cielo con las manos, me hundí otra vez en el infierno.

Roque se dispuso a escuchar.

—No entiendo —siguió Pablo—. Cuando fui a Pampa del Indio pasé uno de los fines de semana más felices de mi vida, Arias quería que me lo trajera a Elpidio, el chiquilín estaba re contento conmigo. En el ómnibus de vuelta, dormí como un ángel. Y cuando me quiero acordar, me salta el demonio y en el colectivo de la terminal a mi casa me le pego a una mina. No entiendo. No fue la peor vez, pero fue la que peor me sentí. Es como si hubiera estado vestido para una fiesta y me tiro un tarro de mierda encima.

Roque escuchaba sin decir nada.

Pablo enderezó un poco la reposera y, más erguido, siguió:

—Quedé muy golpeado, después de casi un año de venir limpio me había ilusionado con que ya estaba. Me re amargué, pasé una semana terrible, no quería trabajar, bah, ni vivir quería.

—Uh —murmuró Roque.

—Por suerte esta vez no dejé de ir a las reuniones con los muchachos. Y a Mercedes la exprimí. Me gustó ir, porque ella no cierra ningún tema, escarba, escarba, pregunta. Lo mío es muy jodido.

Pablo le dio un mate a Roque, tomó uno él, y después comenzó a hablar tranquilo, pero se fue acelerando.

—Estoy por cumplir cuarenta y ocho años y pienso en mi historia. Creo que en mi caso, el tema principal no es con mi vieja. Mi vieja era depresiva y estaba siempre al oscuro, pero no sé.

Hizo una pausa y se acordó:

—Sabés que en este último viaje, mirándolo y escuchándolo a Elpidio, lo vi un chico feliz. Y después, hablando en terapia con Mercedes, me fui acordando de que yo no era un chico feliz. Pero ¿sabés qué?, no me acuerdo de sentirme triste, yo me sentía malo ¿Vos tenés idea de lo feo que es sentirse malo cuando uno es chico?

Se quedaron callados, tomaron un par de mates cada uno y Pablo siguió.

—El otro día, le contaba a Mercedes. Yo creo que a mi viejo nunca lo escuché hablar bien de alguien, salvo de los alemanes. Para él, son los únicos que hacen las cosas perfectas. En la final del mundial 86, ¿te acordás? Íbamos ganando uno a cero, y él decía que nos iban a empatar. Ganábamos dos a cero, y decía que iban a empatar. Cuando efectivamente empataron no cabía en sí de euforia: Les dije, les dije, gritaba, ¡esos sí que tienen preparación!, no ven que estos son unos negritos de cuarta.

¿Te acordás que enseguida Argentina se puso 3 a 2 y ahí nomás terminó el partido?

—Sí, claro.

—Mi viejo se quedó mudo. ¡Nadie le dijo nada, eh! Yo me fui a festejar, y cuando volví mi casa era un cementerio. Y al otro día estaba con un malhumor, no sé cuánto le habrá durado, porque el lunes a la tarde, cuando me fui para el seminario, casi ni me saludó.

Roque escuchaba en silencio. Pablo se rascó la cabeza con las dos manos. Inquieto, se revolvió un poco el pelo y dijo:

—¿Cómo fui a parar a mi viejo y los alemanes? Ah, con lo de Elpidio, que se siente buen pibe. Pero bueno, lo que me pasó hace un mes en el colectivo me dejó re preocupado. Tengo miedo de que todo se vuelva para atrás y caer de nuevo en esa mierda.

Roque lo escuchó y después de un momento dijo:

—La verdad que sería una cagada enorme.

Se quedaron un rato en las reposeras, con los ojos cerrados, soportando el silencio enmarcado por el murmullo del agua.

II



Bueno, yo soy sacerdote y nunca estuve frente a una psicóloga. Me resulta raro esto.

A ver. Yo siempre fui un poco escondedor y... ¿cómo empiezo? Nací en el '65. Ahora tengo cuarenta y cuatro años y sigo siendo medio inmaduro. Hay momentos en los que es como si perdiera la brújula. Hace poco tuve uno de esos momentos, perdí tanto el norte que decidí parar, tomarme un tiempo de reclusión, de meditación. Me fui a Traslasierra, a la Casa de Retiros. Hace algo más de un mes que fui y ahí encontré la orientación del padre Claudio, un hombre sabio. Bueno, usted lo conoce. Y después de muchas charlas, me aconsejó venir a verla. El padre Claudio piensa que usted me va a ayudar en cosas que a él se le escapan. Y aquí estoy.

Estoy yendo a un psiquiatra también, desde hace dos meses, pero con él mucho no hablo, es un ratito y me da un antidepresivo y un ansiolítico. Lo que me pasa es que si tomo algo de alcohol, después desbarranco. Si a la tarde tomo una cerveza, por ejemplo, seguro que a la noche no me voy a poder controlar. La cuestión un poco es con la sexualidad. A ver. Yo estudié en el seminario de Rosario. Entré a los diecinueve años y al principio no tenía ningún problema. Algún sueño erótico, alguna polución nocturna. Tal vez porque estaba con los compañeros de estudio, éramos amigos y no me sentía solo. Después, ya como cura en una parroquia de la ciudad, algunos desli-

ces tuve. Pero no con chicas de la iglesia, sino pagando en algún lugar medio alejado. Siempre con un poco de alcohol. Y como le decía, ahora lo que me pasa es que si empiezo a tomar, seguro que pierdo el control y termino yendo a algún lado hasta las cinco de la mañana. Ya hace quince años que soy sacerdote, ¡no vaya a pensar que fue siempre así, eh! Por suerte hubo períodos en los que no pasó nada. Los dieciocho meses que estuve estudiando en Roma, por ejemplo, y también cuando volví, el año que estuve de profesor en el seminario, anduve muy bien. O alguna escapada que otra, muy de vez en cuando. Pero, bueno, hace unos meses la patinada fue más grande, me parece... y se me complicó con un problema de salud que me asustó. Fue como una descompensación cardíaca que tuve, un pequeño infarto, me dijeron. Me hicieron estudios y me recomendaron reposo. Ahí tuve una semana de reflexión forzosa y fue entonces que me dije: Pablo, tenés que parar.

Sí, perdón, hace bien en preguntarme porque yo me enredo. Fueron dos cosas distintas, separadas. Una fue la patinada grande, que sucedió un lunes a la noche, y otra, el desmayo o infarto, que fue el viernes siguiente. El viernes doce de diciembre del año pasado me iba a levantar, sentí como que me faltaba el aire, me dolía el pecho y ahí tirado en la cama llamé a Luciano que es un sacerdote muy amigo que estaba trabajando en el obispado de Rosario. Esto me pasó estando en un pueblo de ahí cerca. Después Luciano me contó que él tardó veinticinco minutos en llegar y yo estaba medio inconsciente, se asus-

tó mucho pero con ayuda de un matrimonio vecino me puso en el auto y me llevó a una clínica. Ahí fue que me dijeron del infarto y que me hicieron los estudios y eso.

Ah, sí, lo de la patinada. Le cuento, eso me había pasado cuatro días antes, el ocho de diciembre que era lunes feriado por la fiesta de la virgen, a la noche, después de una reunión excelente que habíamos tenido en la parroquia. En un pueblo muy lindo, muy buena gente. Yo estaba ahí como cura desde hacía cuatro meses. Bueno, estábamos festejando el cierre de un ciclo de catequesis, y comimos algo y cantamos. Yo tomé cerveza, me parecía que había tomado poco, pero después de que terminó todo, es como que tuve un apagón de conciencia: no me acuerdo de lo que pasó esa noche después de la reunión. Sé que cuando terminamos, salí acompañando a una de las catequistas que había ido sin el novio. Ella vivía a dos cuadras, y ahí hay como un apagón. Hay un par de horas o más que no sé lo que hice. Hasta pude haberme mandado algún papelón con ella, pero me parece que no. Se ve que cuando volví, agarré el auto y me fui a un cabaret a Gaboto, un pueblo chico de la zona. No tengo idea de cómo llegué, porque era un lugar al que había ido una sola vez, creo. Bueno, parece que a las tres de la mañana, cuando me estaba yendo, al dar marcha atrás, le pegué a otro auto estacionado y le empezó a sonar la alarma. No sé de dónde, pero al instante apareció un patrullero. En cuanto vi la luz azul intermitente, recuperé la conciencia. Diría que con el susto hasta lúcido me puse. Eran dos agentes que no me querían dejar ir. Yo argumentaba

diciendo que estaba bien y que podía manejar, pero no hubo caso, me llevaron a la comisaría del pueblo y me tuvieron en un cuartucho hasta las ocho de la mañana que vino el comisario. Quería retenerme, aunque yo ya estaba bien, así que le tuve que decir que yo era el cura del otro pueblo. Me dio una vergüenza bárbara, y para colmo el tipo me dice: Padre, tenga más cuidado. Pero bueno, mandó un agente a buscar mi auto, me lo trajeron y me dejaron ir.

Llegué a la casa parroquial y todo estaba normal. Mientras me bañaba trataba de reconstruir lo que había pasado. Me empecé a perseguir, porque me di cuenta de que podía haber hecho algún papelón. Al otro día, martes a la noche, le pregunté veladamente a un hombre que es el que cuida la iglesia desde hace años y sabe todos los chusmeríos. Él me dijo que no había escuchado nada malo sobre mí, pero yo igual seguí con algo de miedo. Y con la inquietud de qué iba a pasar el sábado a la noche y el domingo, cuando tuviera que dar misa con todos los del pueblo mirándome.

Exacto, sí, claro. Ese fin de semana no pude dar misa porque ya estaba internado por lo de la descompensación del corazón que tuve ese viernes. Por eso a veces digo que son dos cosas distintas: la patinada el ocho de diciembre y el problema de salud el doce; pero después pienso que es toda una misma cosa. Yo creo que si no me mandaba la macana, lo del corazón no me habría sucedido. Fue muy serio, muy serio lo que me pasó. Por eso me dije: Pablo, esta es la oportunidad, así no podés seguir.

Bueno, no digo que sea sencillo. Ya intenté otras veces y no pude. Pero no voy a bajar los brazos. Tengo que insistir. Con la oración, con la ayuda del padre Claudio, con la suya, si pongo voluntad voy a poder. Yo pienso que voy a poder.

2

El padre Claudio me había dicho que usted estaba medio retirada y ya no tomaba nuevos pacientes, así que muchas gracias, Mercedes.

Esta fue una buena semana. La verdad que estar en la Casa de Retiros me da una paz muy grande. Es un clima sereno de oración y trabajo. Un ambiente sanador. Lo que estuve pensando es un poco en mi infancia. Porque creo que para el análisis eso es importante, ¿no?

Bueno, lo primero es que a mí, con los recuerdos me sucede algo raro, porque ahora no sé si yo era un chico feliz o no. No sé si a todos les pasa. Yo me acuerdo de unas cuantas cosas de cuando era chico, lo que me acuerdo poco es lo que yo sentía. Pero si lo pienso, yo creo que a mi papá le tenía miedo. Mi relación con él. Él es comerciante. Hizo su nombre en el pueblo, ahí lo conocen todos. Él es de ahí, y estuvo siempre en ese lugar a mitad de camino entre Santa Fe y Rosario. Muy hábil, muy astuto para los negocios. Honesto, ¡eh!, pero muy astuto. Con decirle que ya pasó los ochenta y todos los días se calza el traje, la corbata y se pone al frente de sus

negocios. Entonces claro, nunca me faltó nada, él es así, expresa su compromiso a través de lo material. Y, lógico, en casa estaba poco, yo no me acuerdo de jugar con él. Es de gran corazón, sin duda, pero de carácter duro. Y mi mamá, depresiva. No sé si porque él es tan dominante, pero a mi mamá siempre la vi apagada. Excelente mujer, llena de amor, pero siempre medio enferma. Por eso a mí me crio bastante mi hermana, que es diez años más grande que yo. Bueno, mi hermana fue la que me acercó a la iglesia, porque mis padres no son nada religiosos. Perdón, Mercedes, estoy mezclando un poco todo, ¿no?

Ah, sí, claro, no le dije. Mi mamá murió hace nueve años. Justo cuando yo estaba en Roma, estudiando. Fue medio de golpe, me parece que no fue ninguna enfermedad en particular, murió de lo mismo de lo que estuvo enferma siempre, esa tristeza incurable que no la dejó vivir.

Sí, mi hermana. Norma se llama. Es una muy linda persona, distinta a papá y a mamá. No sé cómo salió así ella. Bueno, un poco dura es, pero nada que ver con el carácter de mi papá. Y menos todavía con la debilidad de mi mamá. Mi hermana se casó, tiene dos hijos que ya son grandes. Mi sobrina, la mayor, es mi ahijada. Y ahora que me vine para acá por suerte la tengo cerca. Porque Norma vive en Córdoba, y tiene una quinta en la zona de Alta Gracia, así que la puedo visitar, aunque no voy tanto. Bueno, a mi padre tampoco lo voy a ver. Él está en su pueblo y voy muy de vez en cuando. Los curas somos un poco así, nos alejamos bastante de la familia. Pero mire que yo lo quiero mucho.

Hoy vengo desde la ciudad.

Sí, esta semana la estoy pasando en Córdoba capital, porque así es como está planificado este tiempo mío de discernimiento: tres semanas en la Casa de Retiros, allá en las sierras, y una en ciudad de Córdoba, para poder ir al grupo de Alcohólicos Anónimos.

Ah, claro, con tantas cosas para hablar creo que no le conté que en marzo, cuando empecé a venir, también empecé a ir a esas reuniones de grupo. Tendría que ir los trescientos sesenta y cinco días del año, pero no puedo venir desde allá, así que la semana que estoy en la ciudad voy los siete días, religiosamente. Yo muchas veces había pensado que tenía que ir a Alcohólicos Anónimos, pero esta vez el padre Claudio me convenció. Me dijo que él conocía a dos personas a las que realmente les había hecho muy bien.

Esta sería la tercera semana que voy y no sé. Yo pensaba que iba bien, pero es raro. El lunes y el martes fui y me quedé callado. El miércoles pedí la palabra y dije que estaba contento, que me estaba pudiendo controlar, que les agradecía. Y cuando salimos uno que caminó unas cuadras conmigo me dijo que era mejor que yo no fuera más, que él me veía voluntarista, y que así yo iba a seguir como siempre. La verdad que mucho no lo entiendo esto de los Alcohólicos Anónimos. Yo veo algunos que están hechos mier... Perdón, perdón, Mercedes, que están muy

mal quiero decir, y pienso: ¡pero yo no estoy así! Y sin embargo ellos a mí me tratan como si estuviera igual que ellos. No sé. Como es el mes de abril, nos concentramos en el cuarto paso. Usted debe de saber cómo es, que cada mes se reflexiona sobre uno de los doce pasos. El mes cuatro, el paso cuatro. Medio rígido es, mucho no lo entiendo. Bueno, la cuestión, que estamos con el paso que dice que Sin temor, hicimos un sincero y minucioso examen de conciencia. No sé, yo creo que soy sincero, y para hacer exámenes de conciencia, experiencia no me falta. Pongo toda mi voluntad. Y este tipo dice que así no es.

4

Volvimos para atrás, Mercedes, muy para atrás. Desde hace tres meses, bueno, desde que empecé con usted, en marzo, que venía bien.

Aconteció lo mismo... en realidad no hay nada nuevo. Esta ya es otra vez la semana que me toca estar en Córdoba. Y bueno, me vine el domingo, medio temprano, y sucedió. Vengo de las sierras y a la noche, cuando llego, se da este quiebre que no entiendo. ¡Y eso que había preparado con tiempo la estadía acá! Yo tenía mucho entusiasmo por venir a Córdoba a dar una mano, a trabajar en el santuario, a bendecir a la gente y estar para las confesiones. Siempre sentí ese deseo, soy cura y es lo que puedo dar, lo que quiero hacer. Lo planifiqué así

y con eso venía. Y el domingo, apenas toco Córdoba, se da esto otro.

Y ayer a la noche, ¡de nuevo! Y eso que hoy tenía que venir a verla a usted. Además, imagínese, Mercedes, lo que fue levantarme tanto el lunes como hoy, habiéndome acostado a las cinco de la mañana, ¡con toda la cosa encima de cigarrillo y alcohol! Para colmo me había comprometido los dos días a dar misa a las ocho. Me levanté destruido, y como autómatas pude cumplir.

Igual que siempre. Fue igual. Llegué de las sierras un poco temprano, eran las cinco de la tarde, fui a comprar cigarrillos y cuando me quise acordar estaba metido en un departamento de chicas.

No, perdón, siempre empieza de la misma manera, de a poquito. Pasé por la puerta de un bar y el olor a cerveza me tentó. Entré y decía: ya me voy, ya me voy, pero cuando me quise acordar... No entiendo, no entiendo. Un amigo cura con el que hablo mucho me dice que es algo autodestructivo. Tal vez tenga razón porque yo quedo con una sensación de descalificación y destrucción total. A veces, cuando reflexiono, me digo: si mi vida fuera eso nada más, ya está, listo, soy así; pero está lo otro, la otra vertiente, la elección que yo hice de tener una tarea, de devolver con acciones hacia otros los dones que recibí. Yo pienso, por ejemplo... Me puse a releer algunos sermones que escribí, y son muy buenos: ¿cómo puede ser que yo arruine todo con esa locura que me agarra? No sé cuánto voy a aguantar partido en dos. Es insoportable.

Con esto que usted me dice, Mercedes, yo empiezo a darme cuenta de que lo que me pasa es profundo, mucho más serio de lo que alguna vez pensé. El otro día estaba rezando y me acordé de Lucy. Lucy es una chica que trabaja en un cabaret, con la que nos fuimos haciendo amigos, digamos. Y caí en la cuenta de lo buena persona que es. En una de nuestras charlas me preguntó cómo había empezado. Porque a ella le dije que soy cura. ¿Vio cómo es? Copa va copa viene, le fui contando.

Sí, claro, a usted se lo puedo contar sin que haya copas de por medio. Bueno, a ver. Yo antes de entrar al seminario tuve una novia y llegué a tener una sexualidad normal, digamos. Aunque no muy activa, la verdad. Debe ser por eso que cuando comencé a seguir mi vocación sacerdotal no me costó llevar adelante la castidad. Desde los veinte hasta ordenarme no tuve problemas, éramos un grupo grande de amigos, teníamos proyectos en común. Pero ya de cura, en la parroquia, empecé a sufrir la soledad. Un día, era casi de noche, andaba solo por un barrio de Rosario y tomé un colectivo, estaba muy lleno, así que hoy ya no sabría decir cuánto busqué yo apoyarme a una mujer o cuánto fue por las circunstancias. Pero me bajé excitadísimo y empecé a merodear a ver si encontraba alguna chica que estuviera trabajando. Todavía era un poco temprano así que no encontré a nadie. Yo ya había andado por ahí, pero tanto no conocía. Entonces me acordé

de que en la billetera había guardado un recorte de diario con un aviso, fui a un locutorio y llamé. El departamento quedaba por ahí, no sé si era casualidad. Un malpensado diría que yo venía preparando todo. Antes de ir tomé una cerveza, y después ya en el departamento con la chica tomé más. A partir de ese día se abrió una puerta y empecé desafortadamente. Siempre era sexo por plata. Fui muchas veces al mismo lugar y casi siempre estaban las mismas chicas. A medida que entraba en confianza me empecé a preocupar menos por la penetración, a mí me gustaba más el toqueteo y la charla. Y me llamaba la atención que las chicas me dijeren: vos sos muy tierno, muy cariñoso. Fue ahí que la conocí a Lucy y nos fuimos haciendo amigos. Si salía temprano, iba al departamento de Lucy; si salía después de la una de la mañana, iba al cabaret donde ella trabajaba. Así que al final yo iba más que nada a tomar y conversar, a manosearnos un poco. No buscaba el sexo completo. Y me gustaba que dijeren que era cariñoso.

No, no, eso de ir a departamentos o a cabarets quedó después totalmente desconectado del asunto de los colectivos. La primera vez fue cuando me bajé de un colectivo, pero después iba directamente. Es más, si estaba yendo para uno de esos lugares, aunque el ómnibus estuviera lleno, no me pasaba. La locura de los colectivos es algo diferente, más sin control que ir a los burdeles, porque me agarra en el momento más inesperado. Es como la epilepsia, que por eso a los epilépticos no les dan registro de conducir: le acontece a uno sin anunciarse. Bueno, lo

de los colectivos es un ratito y en cierto modo es menos grave que lo de ir a emborracharme y tener juegos sexuales con chicas, pero a mí me deja peor, no sé si por lo que hay de falsedad o de disimulo.

Sí, creo que algo de eso que usted dice debe de haber, más allá del disimulo hay un atropello sobre el deseo del otro. Claro, es algo tan evidente y yo no lo había pensado.

6

Hay una cosa que no le conté. Quizás ahí empezó mi enfermedad sexual, digamos. Me pasó de chico. Yo hice la primaria en una escuela parroquial muy linda, bien de barrio y familiar. Resulta que había un portero o algo así que vivía ahí y cuidaba la escuela. A veces, a la tardecita, cuando ya no había clase, nos abría el patio de adelante y podíamos jugar a la pelota. Él dejaba entrar a los más chicos, a los de sexto o séptimo ya no, porque pateaban muy fuerte y podían romper los vidrios, decía él. Siempre había un grupito de preferidos, los más amigos de él. Y bueno, usted ya se imaginará. Dos por tres alguno terminaba quedándose un rato más... y no sé. Yo mucho no me acuerdo, lo que me quedó grabado es cómo me impresionó la primera vez que me mostró el pito parado. Me pareció enorme. Yo tendría siete, ocho años y no me imaginaba algo así. Sin embargo se ve que no pensaba que eso fuera tan malo ni que yo corriera peligro. Creo que le tenía confianza, porque él se hacía querer o nos

iba atrapando. Nos preguntaba qué nena nos gustaba, se aliaba con nosotros y nos hacía sentir grandes. Él por ejemplo fue el que me explicó lo del sexo, el embarazo y todo. Y lo raro es que yo sabía que no tenía que decir nada, aunque no entiendo mucho por qué, porque si era por la educación que había recibido eso tendría que haberlo sentido como algo grave y peligroso. Un día que fui a la casa con otros chicos, él se sentó a la mesa, se puso a leernos algo y a mí me tenía sobre sus piernas. Los otros dos o tres chicos estaban al frente, de pie, apoyados en la mesa. No recuerdo lo que leía, era algo inocente, creo, y en eso sentí que a él se le había parado el pito y él se movía un poco, quizás para rozarse conmigo pero haciéndose el tonto, disimulando con los otros. Y creo que se daba cuenta de que yo lo había notado. Otra vez que me mostró el pito quiso que se lo tocara, y yo no quise. Y un día que estábamos solos, sonó el timbre. Era mi hermana que me venía a buscar. Para mí fue rarísimo, nunca había pasado eso. Y cuando íbamos caminando para casa, que quedaba a unas cuadras, ella me preguntó muy sutilmente qué hacíamos, qué había hecho él en otras ocasiones, y eso. Y como yo la quería mucho me fue sacando todo. No me retó ni nada, pero creo que al otro día el tipo ya no estaba más en el colegio. Se ve que alguien había empezado a sospechar y llegó a oídos de mi hermana, que estaba re metida en la parroquia. Ella con sus quince años tomó cartas en el asunto. Me fue a buscar, se reunió con las madres de otros chicos, hablaron con el párroco y se terminó todo. Por suerte, para mí no fue tan grave,

parece que con otros chicos la cosa había llegado más lejos. Lógicamente mi hermana les dijo a mis padres. Mi mamá debe de haber estado en uno de sus períodos de depresión, en su habitación, a oscuras, así que nada. Mi papá, en cambio, parece que se puso violentísimo, quiso ir a agarrarse a trompadas con el cura, con el director del colegio, con todos. Gracias a mi hermana, se quedó en el molde, pero empezó a mirarme a cada rato y a decir que a ver si yo terminaba siendo puto todavía.

Sí, mi hermana era una genia. Ya le dije, a mí me cuidó más ella que mi mamá y mi papá. Cuando a los dieciocho se fue a estudiar a Córdoba, la extrañé un montón. Fue gracias a ella que me fui metiendo en la iglesia, y ya de más grande, igual que ella me incluí en el grupo de jóvenes, y toda mi vida social la hice ahí. A los dieciocho me puse de novio con Nora, una chica del grupo, y después de diez meses dejamos de salir porque yo decidí ingresar al seminario.

7

Nora era re buena, pero yo no sé si estaba enamorado de ella. Muchas veces la recuerdo, y estando solo he pensado qué bueno era tener una novia. Pero con esto de que el otro día la nombré, me puse a buscar en la caja de los recuerdos y me encontré con algo que me había escrito ella. Era una carta de enamorada, tal vez demasiado romántica, pero lo que me llamó la atención es que al leerla

me angustié, me vino una sensación de opresión, no sé, difícil de describir, y me acordé de que cuando estaba con ella a veces me sentía así, como maniatado. El amor es algo lindo, pero a mí me oprime, se ve que soy medio torpe para eso.

No, esa fue la única vez que estuve de novio. Antes hubo una chica que me gustaba, pero nada más que eso. No sé si con otra me habría pasado. Con Nora me pasó, y como yo soy así duro, o arisco para los sentimientos, siempre pensé que a mí el amor, la dependencia afectiva, todo eso me oprime.

Con ella la relación empezó muy de a poco. No me acuerdo bien cómo fue. Tenía un amigo que me gastaba diciéndome que ella andaba atrás mío. Por entonces, ni se me cruzaba hacerme cura. Después una amiga de Nora vino y me habló muy bien de ella. Ahora, si lo pienso, me doy cuenta de que fueron varios que me empujaron todo un verano para que me decidiera: hicimos un campamento, íbamos a las casas de los que tenían pileta, la tenía a punto de caramelo y yo, al final, recién encaré en marzo. Y todo fue así, bastante lento, muy de a poco. Creo que una relación sexual completa la tuvimos dos o tres meses antes de terminar. Y la primera vez yo me sentía más culpable que ella. En realidad fueron pocas veces. Me parece que en varias ocasiones hice lo posible por zafar. O era que me sentía presionado o ya se me había ido metiendo la idea de hacerme cura. Ahí se me mezclan mucho las ideas. Me acuerdo que hablé con el padre Rodolfo, que era un tipo muy contenedor y él me

dijo que no me apurara, que me tomara tiempo, que esto de la vocación no es algo que se siente de un día para otro. Mucho caso no le hice, porque la idea de irme al seminario se me había convertido en una obsesión. Yo había empezado a estudiar profesorado de historia y me acuerdo que no me podía concentrar, y en diciembre, di un solo final. Cuando le dije a Nora lo que estaba sintiendo se quedó dura. Me preguntaba si estaba seguro y se atormentaba porque quería estar conmigo, pero tenía terror de sacarle un sacerdote a Dios, decía. Así que en diciembre, después de Navidad, decidimos tomar distancia. Se ve que la situación era tensa, porque yo me fui todo el mes a un monasterio de Entre Ríos, a tomarme un tiempo de discernimiento, como decimos nosotros. Ahí lo conocí a Roque, que es mi amigo del alma. Amigo, amigo, eh. Otro día le cuento, Mercedes. Pero le anticipo que lo mejor que me pasó en la vida durante los primeros veinte años fue mi hermana. Y desde los veinte en adelante, mi amigo Roque.

8

¡Qué cosa el mundo de hoy! Con esto del Facebook, la busqué a Nora y la encontré. Ella se alegró muchísimo y como esta semana a mí me tocaba estar en Córdoba ciudad, se vino para que nos encontráramos. Estuvimos charlando como cuatro horas. Está viviendo en Villa María, tiene dos hijos de quince y diecisiete, y hace tres años

que se separó. Parece que el marido hacía mucho que estaba con otra y a pesar de eso no se quería ir. Yo también le pude contar una parte de mi vida. Yo lo sentí como un encuentro significativo, creo que me saqué como una culpa de encima, y ella me dio toda la impresión de que necesitaba hablar. Seguro que nos vamos a volver a ver. A ella no le cuesta nada venir, tiene acá la casa de una amiga donde quedarse, le sobra tiempo porque es docente y trabaja de martes a jueves, nomás. ¡Mire si un día terminamos siendo amigos!

Ah, sí, el otro día me quedó pendiente lo de mi amigo Roque. Sí, claro, lo conocí justo cuando fui a Victoria a hacer el discernimiento. Bueno, él estaba en la misma y no sólo nos hicimos amigos sino que entramos juntos al seminario de Rosario. Aunque en el fondo somos diferentes, nos entendimos enseguida. Es un tipo que favorece que uno se abra con él. ¿Vio que yo digo que soy esconedor? Bueno, con él no puedo esconder nada, me vuelvo más franco, más directo. Durante los cuatro primeros años del seminario construimos una amistad estupenda. Éramos re compinches y cómplices. Teníamos los mismos amigos. Y los mismos enemigos, por supuesto.

No, no. Roque no es cura, justo ahí, después de cuatro años, antes de empezar a estudiar teología, él dejó. Para mí fue un golpe grande, porque de repente, en las vacaciones de verano, Roque se recontra enamoró de una amiga que tenía... Bah, estaba enamorado de antes pero no lo quería aceptar. Y ese verano, cuando se dio cuenta de que si seguía de cura la perdía irremediabilmente,

se le dio vuelta la cabeza. La cabeza, el corazón, todo el cuerpo. ¿Ve? En eso somos muy diferentes. Él fue coherente. Se metió con todo, siguió sus deseos y ahí está, casado, con hijos, con una linda familia.

Sí, seguro que un poco idealizo.

Bueno, pero no es que me doy con un caño sin motivo. Creo que él está bien y mire cómo estoy yo. Lo que no entiendo y no comparto con Roque es cómo dejó la fe. No solo se fue del seminario y formó una familia, junto con eso se fue alejando totalmente de la religión. Ahora es agnóstico. Peor, muchas veces, sin más ni más, dice que es ateo. Nuestra amistad, sin embargo siguió intacta. Nos vemos mucho menos, es lógico, pero hasta le diría que ahora la amistad es más profunda. No sé.

9

Ni se va a imaginar lo que pasó, Mercedes. Creo que esto no se lo imaginaba nadie. Parece que dentro de mí se destapó algo. Vio que la semana pasada no vine porque usted no atendió en esos días. Bueno, era la semana que me tocaba estar acá en la ciudad. Y como le había dicho, terminamos arreglando con Nora para que viniera. Yo esperaba el encuentro con unas ganas bárbaras. Habían quedado muchísimas cosas para hablar. La cuestión es que, en lugar de venir el domingo como hago siempre, vine el sábado a la noche. Y esta vez cuando nos abrazamos, fue una conmoción: un instante después nos está-

bamos dando un beso apasionado como nunca le había dado a nadie en mi vida. En unos minutos estábamos los dos con un amor descontrolado, retenido por años, y parecía que no había nada que nos pudiera frenar. No sabíamos qué hacer, porque yo cero experiencia y ella nunca había ido a un hotel alojamiento. En el bar en el que nos citamos estuvimos cinco minutos. Yo fui a la caja, como para ir a pagar y discretamente le pregunté al mozo. La cuestión es que a los diez minutos estábamos en una habitación y de golpe me vi metido en una experiencia que nunca había vivido, una locura milagrosa de pasión y de pureza juntas. Era un amor sublime y sexual a la vez, yo no sabía que eso existía. Y esta vez es amor verdadero, o enamoramiento, no sé. La primera vez, cuando yo tenía dieciocho, no me pasó nada de esto. Esa semana que estuve acá la pasé como flotando en el aire. Y los días que pasé allá en la Casa de Retiros, también. Por eso, como hoy tenía que verla a usted, aproveché y me vine ayer y me voy mañana. Estos tres días los estamos pasando como novios en un hotel de turistas. Yo estoy conmovido y también preocupado. Si es así, yo no voy a poder llevar una doble vida. Esto está fuera de todo control.

10

Hablé con el padre Claudio y él piensa como usted, que no me apure. Le parece bien lo de que no se puede vivir una doble vida, pero me dice que sea prudente, que por

ahora no pida dispensas para dejar el ministerio. Que si me siento muy aturdido moralmente, lo que puedo hacer es tomarme unas vacaciones para no tener obligación de celebrar misa y confesar. Que sea como una dispensa privada, pero que no comience ningún trámite hasta no estar más seguro, a ver cómo decanta esto.

No sé, Mercedes, yo no tengo experiencia, pero lo que me pasa con Nora es sublime. Para mí es de Dios, no puede ser de otra manera. Y al mismo tiempo me trae mucho conflicto, yo no puedo ser sacerdote y tener una mujer, es una locura...

Yo pensé algo que le quiero contar a ver usted qué piensa. Porque imagínese: le estoy dando vueltas al asunto día y noche. Yo digo, un amor sublime así no puede ser pecado, y sin embargo me pone entre la espada y la pared. Y en cambio los deslices sexuales, las borracheras o la locura de los colectivos, que esas si son cosas malas, no me obligan a tomar una decisión urgente. Y me parece que veo dónde está la diferencia: con este amor que tengo por Nora soy yo el que quiere dos cosas distintas, yo estoy partido. Lo otro es como que no viene de mí: surge de otro yo, de algo oscuro que no me pertenece. No sé de dónde viene, o cómo lo explican ustedes. O sea, antes yo creía que tenía dos partes, una buena, la normal, digamos, y una mala, la del monstruo adentro mío. Ahora, con esto de Nora, siento que es la misma parte normal que está partida en dos, una que quiere ser cura y otra que ama a una mujer. Las dos cosas buenas son de Dios, y yo tengo que darme cuenta qué es lo que Él quiere para mí.

Disculpe que la semana pasada la llamé para cancelar la sesión, pero no daba más y seguí el consejo del padre Claudio: suspendí el ministerio. Eso sí, como él dice, solo por dentro, nada oficial, eh. Y agarramos la última semana de las vacaciones de invierno y nos tomamos diez días con Nora. A Mendoza nos fuimos, pero no de turistas, sino a una casa que nos prestaron. Vivimos como si fuéramos una familia de barrio. Y bueno, nos fue bien. Ya estamos más serenos. Yo sobre todo, yo estoy más sereno. Diez días juntos y casi no hubo conflicto. Fue una buena práctica. Claro, era un poco de ficción, con lo bueno y lo malo que eso tiene. Porque no queríamos que fueran vacaciones, queríamos hacer una vida normal, ¿no? Sin embargo, como ninguno de los dos trabajaba, esa vida no tenía nada de normal, y entonces estábamos juntos todo el tiempo. Para mí eso no es fácil, yo no lo había vivido nunca con nadie. Me costó un poco, pero cuando hubo tensión le expliqué eso a Nora y lo entendió. Después de tres días le encontramos la vuelta. Yo necesitaba un tiempo para mí, necesitaba estar solo, y para que ella no se pusiera nerviosa empecé a levantarme bien temprano. Yo me levantaba a las siete de la mañana y me quedaba en soledad hasta las diez, que ella estaba recién para desayunar y ahí empezaba la convivencia. Esas horas me volvían a mi eje. Ella es diferente, no necesita ese espacio de distancia, no es arisca como yo.

Sabe que me está pasando algo diferente con los muchachos de Alcohólicos Anónimos. Hace seis meses que voy, y llevo sesenta y tres días sin tomar. Pero lo importante no es eso sino que me parece que el método es más profundo de lo que yo pensaba. Ayer habló una mujer que me conmovió. Desnudaba el alma con una honestidad sorprendente, al menos para mí. Tiene treinta y cinco años y lleva siete de casada. Contó que es muy religiosa y que tiene tres hijos. Lo terrible es que desde que nació su primera nena, hace ya seis años, siente que se le fue todo el amor por el marido. No solo no lo quiere sino que no tiene la más mínima gana de tener sexo con él. Internamente lo rechaza. Para colmo él es de los que quiere relaciones todos los días. Ella dice que en eso y en otras cosas él es medio animal. Durante un tiempo la pobre fue disimulando, pensó que se le iba a pasar. Que le iban a volver el amor y las ganas, pero no. Después de seis meses de penuria empezó a tomar, justo cuando la hijita dejó la teta. Tomaba a escondidas, nadie se enteró y cuando se dio cuenta de que estaba embarazada del segundo, dice que se pudo controlar. Así que estuvo como un año sin tomar. Y en cuanto el nene dejó la teta, otra vez. Se prendió al alcohol otros seis meses y de nuevo la misma historia con el tercer hijo. Pero este ya tiene tres años y ella hace dos años y medio que cada vez está peor con el marido y cada vez tomando más.

Sí, justo me había quedado callado pensando en eso. No sé bien en qué, pero un poco me hace acordar a mi mamá. Tal vez por la piel blanca y delicada, o por el modo de hablar. Lo peor es que yo me imaginé que a mi mamá le había pasado algo parecido. Claro, no se le dio por tomar, mi madre debe haber encontrado la solución, entre comillas digamos, de haberse ido deprimiendo de a poco. Cuando yo nací llevaban más de diez años de casados y ella ya estaba deprimida, creo. O tal vez esta mujer termina como mi madre, que es tan jodido como ser alcohólico. Es terrible, pobre mujer. Contaba que cuando nadie la ve toma whisky y para que el marido no le sienta olor, cuando él viene ya le tiene un whisky servido, o si está lista la cena, tiene la botella de vino abierta y enseguida le ofrece. Dice que al marido le gusta un poco el alcohol, pero que no es adicto en absoluto y que a ella externamente pareciera que no le hace nada, que se mantiene con una presencia imperturbable y todo en la casa sigue normal. Por supuesto adora a los hijos y se pasa el día haciendo cosas para que ellos estén bien. Los lleva a un lado y a otro, les trae amigos, atiende el hogar, pero ella sabe que mucho tiempo está anestesiada, haciendo todo como autómata. En eso me hizo pensar también en mi mamá, que cuando estaba más o menos bien y podía hacer las cosas, las hacía como si no estuviera del todo conectada. La verdad que no sé qué es peor, si la depresión o el alcoholismo. Esta mujer contaba que un día en la semana el marido no duerme en la casa porque trabaja en el interior, pero esa noche que podría ser la de mayor

tranquilidad toma más todavía. A veces se despierta llorando, como si saliera de una pesadilla, pero no recuerda nada de lo que sueña. Cuando él quiere sexo y ella no puede zafar, trata de inventarse historias, como que son una pareja de estudiantes que recién se conocen. O sea que para poder tener relaciones ¡se tiene que imaginar que está con otro! Todos la escuchamos con el mayor de los respetos y nadie le dio ningún tipo de consejo. Ahí los consejos no van. Nadie está en mejores condiciones que otro para dar consejos. Ni los que hace veinte años que no prueban una gota. Yo antes no me daba cuenta de que ahí hay gente que se juega la vida de verdad. Ponen todo el corazón, y dicen que es porque llegaron a entender que el grupo de Alcohólicos Anónimos es la única y última posibilidad que tienen en la vida.

Sí, sí, se ve que ahora los escucho, porque me conmueve lo que dicen. Creo que en realidad yo nunca me sinceré como lo hacen muchos. Llegan a un nivel de autenticidad que yo no sé si alguna vez llegué a eso. Me acuerdo de que hace unos meses dije acá que yo tenía experiencia de lo que era hacer un examen de conciencia. Pero ahora veo que el inventario moral que ellos hacen ahí es mucho más profundo. Lo que a mí me duele es que recién me doy cuenta de que yo tengo un aspecto oculto, o no tan oculto, en el que soy despreciativo.

Sí, no sé bien cuál es la palabra. Despreciativo, soberbio, no sé. Soberbio. Es fuerte pero es la palabra más acertada. Yo he mirado y miro a mucha gente desde arriba. Sin ir más lejos, los del grupo de Alcohólicos Anóni-

mos me han parecido unos pobres tipos, sin reconocer que yo soy igual que ellos. Y esto no es de ahora, yo fui siempre así. Hay momentos en que me veo idéntico a mi viejo. Y no lo digo para echarle la culpa a él, lo digo porque me da vergüenza. Cuando lo veo soberbio, me aterroriza y me duele la posibilidad de parecerme, en eso justamente, que es lo que menos me gusta de él... Sí, algunos dicen que soy inteligente y que mis sermones les gustan, ¿eso me hace estar por encima? ¡Qué estupidez! Hay gente que tiene una humildad y una generosidad que les viene de adentro. Esos sí son valiosos.

La verdad, Mercedes, me da un poco de vergüenza decirle esto, porque usted que sabe mucho de mí bien podría decirme: ¿Y usted Pablo, con qué cara se atreve a despreciar a los demás?

13

No sé en qué pensaba cuando creía que yo no era alcohólico, que con un poco de voluntad dejaba de tomar. Si me pongo a pensar me doy cuenta de que mi historia es pesada y mi dolor es más grande que el de la mujer que le conté el otro día.

Sí, Mercedes, usted tiene razón. ¿Qué sé yo cuánto sufre verdaderamente esa mujer? Uno por soberbio siempre piensa que el dolor de uno es el peor.

Me quedé en silencio porque hablando de esta mujer me acordé de Nora. Yo estoy muy conmovido con esto

que vengo viendo en Alcohólicos Anónimos y es algo que no lo puedo compartir con ella, porque siento que no me entiende. Y no solo eso, se empezó a poner molesta porque dice que hay cosas que no hablo con ella. Estamos bien, nos mandamos muchos mensajes, bah, ella me manda muchos mensajes, y conversamos bastante por teléfono. Quiere que nos vayamos de nuevo unos días, pero yo no puedo, en parte por los compromisos y en parte porque me trae contradicciones morales.

No, no. Yo creo que tengo el mismo entusiasmo. No como el primer día, por supuesto, pero tengo entusiasmo. Yo la quiero. Es un poco celosa, porque si estamos juntos y me quedo callado, enseguida me pregunta qué estoy pensando. Tiene miedo de que no piense en ella o de que no la necesite. No sé si es celosa, o es de puro complejo nomás que piensa que no la quiero y me está encima. Bueno, encima no, pero demasiado cerca, digamos.

14

Fui a visitarlo a Roque. Hacía dos meses que no lo veía. Cuando le conté, no podía creer lo de Nora. La última vez que nos habíamos visto, yo ni la había buscado por Facebook todavía y esta vez nos la pasamos hablando de Nora. Roque es profesor de literatura y la tiene re clara. Fíjese si no lo que me dijo una vez. Porque él, hasta que se fue a la universidad, vivió en el campo. Bueno, una vez que yo le iba contando lo de mis problemas sexuales,

agarra y me tira —de esto hace como diez años—, me dice: Vos tenés la sexualidad de los novillos. Novillos se le dice a los machos castrados, ¿vivo? Y ahí me contó que él había visto que los novillos, a veces, se montaban un poco unos a otros, o se querían montar una vaca. Que tenían una excitación con erección y todo, pero que se les apagaba en un ratito, que después seguían mansos y obedientes. Eh, le contesté yo esa vez, ¿vos querés decir que soy un castrado? No, no, me dijo, lo que me parece es que tu sexualidad es bastante inmadura. Y bueno, acordándonos de eso, el otro día me dijo que esta experiencia con Nora me va a hacer sentir distinto. Y creo que es cierto, ya me siento diferente, como si estuviera menos fallado. Porque la verdad, lo que siento es que con lo afectivo, lo sexual, digamos, yo tengo un vacío que no sé si tiene fondo.

Bueno, a mí me quedó la sensación de que él no le ve mucho futuro a la relación mía con Nora. Roque está de acuerdo con que yo soy arisco y huidizo, pero un poco me defendió, a él le parece que Nora es... posesiva, esa fue la palabra que usó.

Me quedé en silencio porque el tema que sacamos también con Roque era el de si seguir siendo cura o no. Estoy re complicado con eso. Y Roque, con todo lo que me quiere y con lo agnóstico que es, no se mueve ni un centímetro para un lado o para otro. Jugate, le digo, salí de esa neutralidad impostada que tenés. Y me dijo que no, que no es algo impostado, que realmente no sabe. Que él, aunque es ateo, me ve a mí prestando un

servicio muy valorable. Me dice que él sabe que yo soy un buen confesor, por ejemplo, y eso que yo no le conté nunca nada. Que la gente creyente necesita de curas como yo, que escuchan, que no condenan, que están al servicio y piensan con mente amplia. Y tal vez algo de razón tiene. Cuando voy a un santuario grande, donde hay gente de paso, gente que va a peregrinaciones o a cumplir promesas, veo que si se confiesan conmigo se quedan un rato largo, y me terminan contando cosas muy dolorosas. Después se van re agradecidos. Eso es así, pero no... Yo le digo, Mercedes, a mí me parece que no voy a poder. Así, partido en dos, no voy a poder seguir mucho tiempo.

15

Estos días, después de verlo a Roque y a pesar de lo que él me dijo, me estoy cuestionando lo de Nora. Pero no ya por lo moral solamente, ni porque no la quiera, pero me parece que no sirvo. Yo no puedo estar con una mujer. No puedo responder a todo lo que ella necesita de mí. Yo no sé si es porque estos años como cura me sentía libre y entonces fui haciendo muchos vínculos sin ataduras, o es que me ahogo en un vaso de agua, pero se ve que ella espera de mí una dedicación exclusiva que yo no le puedo dar. Si me pongo a responder un mensaje, o si hablo con alguien se pone nerviosa, y yo me empiezo a enojar de tener que estar solo para ella. Yo la quiero y hago todo

lo posible para dejarla contenta, pero a cada rato, o ratito, para decir mejor, me mando alguna que la hace poner nerviosa o tensa, y piensa que no la quiero, que no estoy con ella todo lo que tendría que estar.

Y si con el tiempo arreglo esto, me queda lo otro. Porque yo, si me conecto con las ganas de seguir con Nora, empiezo a sentir el tironeo. La relación me parece que me está haciendo crecer, porque vivo cosas que nunca había vivido, como dice Roque. Además se van a cumplir cien días de que... No perdón, hay que ir día por día, llevo noventa y ocho días sin tomar y sin hacer ninguna cagada de las mías tampoco. Y mucho de eso debe ser también porque estoy con Nora. Capaz nomás que yo no soy para ser cura. ¿Puede ser que me haya equivocado tanto y durante tanto tiempo? Quince de sacerdocio y diez en el seminario, ¿todos esos años estuve interpretando mal la voluntad de Dios?

No me dice nada. ¿Usted qué piensa?

Es brava usted. En cuanto quiero hacerme un poco de trampa, usted está ahí y tac, me pega con un palito. Perdona la asociación, pero me hace acordar a una maestra rural que tuve en una escuela a la que fui unos meses. La vieja Varela, le decíamos. Nos hacía hacer cuentas sencillas en el aire y si nos equivocábamos, tac, con el puntero. Hoy la denunciaríamos. Pero a usted no la voy a denunciar, Mercedes.

Qué paradójico es esto del psicoanálisis, ¿no?, usted me va acorralando y yo me voy sintiendo cada vez más libre.

Hace unos días que ando mal, peor que Ríver ando. El año pasado, después de salir campeones, últimos quedamos. Últimos, ¿se da cuenta? No nos fuimos al descenso porque la cosa está organizada para que los grandes no se vayan. Pero si seguimos así, no sé si no nos vamos a terminar yendo.

Sí, quizás hablo de lo mal que le va a Ríver para no hablar de lo mal que me va a mí. Porque al final yo no sé si voy a poder ser alguien en la vida. Para cura tuve y tengo fallas terribles, así que ya veo que no sirvo, cada vez estoy más convencido de que tengo que dejar el ministerio. Y ahora la cosa con Nora parece que tampoco va a andar, porque para estar en pareja sirvo menos todavía. No soy capaz de responder a todo lo que una mujer necesita de mí.

Pasa que ayer estaba con Nora y tuvimos un conflicto. Por suerte después lo arreglamos, pero fue feo.

Qué sé yo, ni sé si fue tan grave, pero... Nada, estábamos juntos, y me llamó por teléfono una monjita que quería que les fuera a predicar un retiro. ¡Quién diría! Yo en una habitación de hotel con mi novia y la monja que me llama para que les predique. Bueno, le dije que no podía hablar en ese momento y que en un par de horas la llamaba. Fue un minuto, pero Nora se enojó. Primero me dijo que trataba demasiado familiarmente a la monja. Y después empezó con que si estaba con ella así en

la intimidad no tenía que atender el teléfono. Pero no estábamos en la intimidad, ya nos preparábamos para irnos, ella había ido al baño. Se puso tan mal que en un momento dijo que no quería que siguiéramos. Traté de calmarla, pero decía que con lo poco que nos vemos, yo no tendría que atender el teléfono cuando estamos juntos, menos en un lugar íntimo. Yo no sé si le puedo dar a alguien una dedicación exclusiva por varias horas seguidas. Y parece que cuando uno está en pareja la cosa es así, hay que estar cien por ciento con el otro, dice ella. En fin, le pedí perdón, le volví a explicar lo difícil que es para mí aprender a estar en pareja. Los dos sufrimos mucho y al final se calmó.

Sí, bueno, pero a cada rato, o ratito, para decir mejor, me mando alguna. Si me pongo a responder un mensaje, o con que suene nomás el ruidito del celular, se pone nerviosa y yo no soy paciente, me empiezo a enojar de tener que estar solo para ella. Y en un momento, por ejemplo, me preguntó si al día siguiente nos íbamos a ver y sentí un ahogo parecido al que sentía con ella a los dieciocho años. Creo que se dio cuenta, porque me pidió perdón. Yo la quiero y hago todo lo posible para que esté contenta, pero no sé, tengo miedo de no poder.

17

Disculpe que la semana pasada no pude venir, bueno, en realidad, no quise. No estaba bien. Las cosas con

Nora se pusieron muy mal y si venía, ella quería que nos viésemos y yo no estaba en condiciones de afrontar un planteo. Después del último encuentro, hace como veinte días, ella se quedó mal, siguió insistiendo en que teníamos que vernos más y hablar a fondo todo, y yo no supe cómo responderle. El jueves pasado que yo tenía que venir para Córdoba, ella iba a faltar a sus clases en Villa María; porque los jueves trabaja, pero iba a dar parte de enferma para venir acá a hablar conmigo. Yo le dije que necesitaba más tiempo para pensar las cosas con serenidad y eso la puso peor. Así fue que yo decidí quedarme en Traslasierra, no sé si fue cobardía o qué, pero yo con la angustia y la confusión que tenía no estaba en condiciones de arreglar nada con ella. Pensé en mentirle y venir sin decirle nada, pero hasta tuve miedo de que no me creyera y que me esperara al salir de acá. Con eso se da una idea de la tensión en la que estábamos. Esos días traté de rezar mucho y de meditar, pero lo que menos podía hacer era pensar. Hablé una o dos veces con el padre Claudio. Él es un viejo sabio para muchas cosas, pero como es cura me parece que idealiza un poco el amor de pareja, se pone romántico. En parte me serenaba lo que él me decía, pero en parte me hacía sentir como que el fallado era yo. Un día lo llamé a Roque y estuvimos hablando por teléfono como una hora. A Roque lo que más le hacía ruido era que yo me sintiera tan culpable. Él me decía algo así: Si vos la querés de verdad a Nora, si desde afuera se ve que vos tratás de que ella esté contenta, ¿cómo es que ella no confía en tu amor? Sí, seguro que

sos torpe y te falta cortesía, pero de ahí a que no la quieras hay unos años luz de distancia. No sé cuántas cosas más me dijo. Lo que a mí me llegó mucho fue eso de que yo me sentía demasiado culpable de un desencuentro en el que por lo menos los dos teníamos algo de responsabilidad. Eso fue justo el jueves que no vine, que fue el día de mayor tensión. Ya para el viernes la presión de Nora había bajado un poco. Bueno, ahora ya se terminó. Ella sacó la conclusión de que si yo no había querido venir a hablar con ella era porque la quería cortar. Así que a partir de ahí dejó de presionar, se resignó, digamos. Y yo no hice mucho por retenerla. En estos últimos cinco días las cosas se fueron apaciguando. Y ayer a las seis de la mañana, cuando me levanté, encontré un mail de ella. Se había quedado casi toda la noche escribiéndolo.

Sí, estaba tratando de recordar. No le voy a poder repetir todo lo que dice, pero lo importante es el tono. Volvió a ser la Nora normal, digamos, con la que yo me había reencontrado en Facebook. Incluso me pidió disculpas porque ella sabe que a veces se pone posesiva de un modo enfermizo. Me dijo que eso le pasó ahora conmigo y con un novio que tuvo antes de casarse. Que le agarra una ansiedad que ella no puede dominar. Y que cuando toma distancia le da vergüenza, y sobre todo dolor, porque así nunca va a poder estar con una persona a la que ama... ¡Pobre!, me dice que con el marido no le pasaba, y que tal vez fue por eso que pudo estar con él como quince años. Después en el mail me dice una cosa que yo no sé, no puedo ir tan lejos. Se

pregunta si no habrá sido que a los dieciocho yo la dejé y me fui al seminario porque ella era así de posesiva, y que entonces yo me quise rajar. La verdad de eso no sé qué pensar, porque tanto el ponerme de novio como el dejarla fue tan traumático que yo no me acuerdo de nada, tengo todo medio confundido. Así que aquí estoy, de nuevo solo, bastante triste, y un poco aliviado también.

18

Estos fueron unos días de mucha serenidad. Pude volver a concentrarme. Resulta que vino un cura por unos días a la Casa de Retiros, y por cosas que estuvimos conversando, me recomendó una novela. La busqué y justo estaba en la biblioteca de ahí, de la casa. Los santos van al infierno, se llama. Es de un francés, un tal Cesbron, Gilbert Cesbron. La verdad que me la devoré. Es una gran novela, al menos para mí. Cuenta la historia bastante verosímil de los primeros curas obreros en los barrios de París, al comienzo de los cincuenta. La historia es fuerte y trae planteos morales e ideológicos sobre cuál es el servicio que debemos brindar los cristianos. El cura que me la recomendó me dijo que él la había leído en los sesenta, cuando tenía quince años y que le había cambiado la vida, que gracias a esa novela había dejado de mirarse el ombligo y había empezado a tener conciencia social. Le cuento: el cura protagonista, que le dedica la vida entera

a los demás, trabaja codo a codo con unos cuantos, pero sobre todo con una mina que también es re generosa y consagrada a los necesitados. Uno se pone romántico y se imagina que en cualquier momento va a pintar el amor, que van a largar todo y se van a querer con alma y vida. Pero no. No pasa nada de eso. Y yo me pregunto, ¿es posible? Y la verdad es que yo conozco sacerdotes que en serio pueden vivir su consagración a los demás y al Ministerio con una generosidad desgarradora. Ojo, también conozco curas perversos, prestamistas, egocéntricos, lo que quiera. Lo que yo admiro, y me pregunto si va a ser posible para mí, es ser un cura al menos parecido al de la novela, porque los hay.

No, no, Mercedes, de eso no dice nada. Yo creo que el autor no quiso meterse con el tema de la sexualidad porque ya tenía demasiado con la política, lo ideológico y el compromiso social. No quiso ni rozar la cuestión del celibato. No se puede dar batalla en todos los frentes a la vez, habrá pensado el tipo. A mí me pasa lo contrario. El frente de batalla donde yo la tengo que luchar es el de la sexualidad, y hasta ahora voy perdiendo todos los combates. Porque con mi compromiso social, no tengo ninguna duda ni ningún problema. Y fíjese lo que le digo, Mercedes: si no fuera porque pongo en riesgo el servicio que yo presto a los demás, no me importarían nada mis desviaciones sexuales. ¿Pero mire si se hiciera pública mi locura? Sería un desprestigio horrible para un montón de idealistas que dan la vida por el bien de los otros. Para mí sería realmente imperdonable causar ese daño.

Estoy destruido. No puedo entender. O no sé, capaz que empiezo a entender. Un desastre total. El jueves mismo, cuando me fui de acá. ¿Se acuerda que habíamos estado hablando de esa novela en la que un cura obrero trabaja codo a codo con una mujer y entre ellos no pasa nada? Yo me fui pensando que era una posibilidad para mí. Basta que me ponga idealista y soñador para que me vuelvan los demonios. No se puede creer, me fui de acá con el alma llena y cuando estoy en el colectivo otra vez la desgracia. Fue un ratito, unos instantes. Justo subió una mujer joven, con un bebé. Y en cuanto la gente se movió para darle el asiento y todo eso, zas, me le apoyo en la pierna y la sostengo, y la erección inmediata. Se me hace incontrolable, se me mete el diablo en el cuerpo. Porque después estuve merodeando ahí, en el pasillo del colectivo a ver si encontraba otra situación favorable. Y el que busca encuentra. Me bajé mal y seguí peor. Y el domingo, tomé de nuevo; una noche de locura. Llevaba más de cien días en abstinencia de alcohol. Una locura. Así que el plan del que hablé en las dos últimas sesiones, cancelado. No, no es posible. Por suerte no había hablado todavía con el obispo. ¿Mire si la semana pasada le iba con que quería que me diera un cargo de profesor en el seminario otra vez? ¿Y una semana después ir a decirle que quiero que me tramite las dispensas para salir del ministerio? Y bueno, si pensaba que estoy loco, tanto no se habría equivocado.

Eso sí, por suerte el lunes, aunque apenas me pude levantar de la borrachera, a las diez y media estaba en el grupo. No se puede creer lo que es esa gente. ¡Cómo bancan! Por un lado ni se inmutaron porque volví a tomar y por otro estaban ahí, sin aflojar ni un milímetro. No hicieron ningún drama porque saben que las recaídas son normales, pero tampoco aflojan, porque hay que volver a empezar: desde hoy, desde ahora, solo por hoy. Y entender que no es uno el que con voluntad va a arreglar esto, saber que uno no puede solo, agarrarse de los otros, ser humilde, aguantarse el dolor.

Gracias, Mercedes, porque aquí también me siento acompañado. No sé cómo lo hace, pero yo noto que usted, incluso en silencio, me transmite que le duele mi dolor.

20

Bueno, ya está. Ya van dos semanas desde la última caída y pensé bastante. Hablé con el padre Claudio. Y en el fin de semana me hice una escapada para hablar con Roque. Ya está. En estos días hablo con el obispo para que tramite mis dispensas. El padre Claudio me dijo que pidiera una licencia provisoria, por un año digamos, porque como no hay un escándalo de por medio, puedo retirarme del ministerio sin hacer mucho ruido. Lo primero es que quede liberado de las obligaciones pastorales. Yo puedo hacer una vida de laico e ir viendo cómo evolu-

cionan las cosas. Y Roque, bueno, él es incondicional. Si quiero me puedo ir a vivir a Paraná, en principio en su casa, y después dice que enseguida me consigue trabajo y vivienda. Me gustó la idea pero desde allí no podría venir a verla a usted. Y cuando le dije eso, a Roque se le ocurrió que le puede pedir al suegro que me preste por un tiempito un departamento que tiene en Carlos Paz. Dice que lo tiene vacío desde hace como dos años y que hasta le vendría bien que yo fuera a cuidárselo un poco.

Sí, sí. Con todo lo que hablamos estoy decidido. No sé cuándo voy a poder hablar con el obispo, pero creo que entre el viernes y el sábado me va a atender. Después, el domingo a la tarde pienso ir a Traslasierra. Ahí junto todas mis cosas y me vengo. Y el ocho de diciembre, que cae martes y es el feriado por el día de la virgen, celebro mi última misa.

Sí, es muy duro, no se imagina lo que me duele y lo que significa para mí. Yo sospecho que esto es peor que una separación matrimonial. Debe ser bravo agarrar la valija y partir, pero me parece que esto es peor. Bueno, no sé, yo siempre me miro el ombligo y creo que mi dolor es el peor.

21

Esta semana fue terrible, Mercedes. Desde el domingo a la mañana que estoy muy caído. Creo que en realidad empezó el sábado a la tarde, que ya me sentía en el aire

y no sabía cómo llenar mi tiempo. Pensar que son los días de la semana que yo más actividad tenía. Ahora de lunes a viernes trabajo un montón, pero los fines de semana me hundo.

Pasó que el domingo estaba tan bajoneado que no me levanté hasta después del mediodía. Me quedé a oscuras, en duermevela y me venían imágenes... Me acordé por ejemplo de que cuando yo era chico me quedaba solo en mi casa. Mi papá se iba a trabajar, Normita estaría en la escuela, y me veo a mí mismo dando vueltas por casa, deambulando, porque mi mamá no salía de su habitación, durmiendo, o muy medicada seguramente. A la mañana venía una señora que limpiaba y hacía la comida. Así que sobre todo me veo por la tarde, caminando por la casa soleada, o por el patio. Yo quería tener un perro, pero mi papá odiaba los animales domésticos. El patio de mi casa estaba separado del terreno lindero por una ligustrina y un tejido, entonces yo a veces me iba hasta el fondo y con un palo de escoba me entretenía con el perro de los vecinos. Era un perro juguetón y se ve que a él también le gustaba que yo pasara el palo por la ligustrina. Me acordé que una vez que me puse a llorar, no sé por qué, me fui y me senté en el fondo, con la espalda hacia los vecinos y el perro se echó del otro lado y no sé cuánto rato nos quedamos ahí, yo solo y triste y él haciéndome compañía.

Y es un dolor y un vacío que me dura, porque me pregunto qué hago yo conmigo mismo, qué hice y qué voy a hacer. Hace dos meses cumplí cuarenta y seis, pa-

saron los mejores años de mi vida y estoy sin nada. Ya hace un año y medio casi que dejé el ministerio. Todo lo que hice como sacerdote lo siento como algo oscuro que ni lo quiero recordar. Y esto de El Pasaje es lo que se llama un proyecto alternativo, algo que inventó el obispo para tirarme una soga, pero yo no veo a dónde vamos. Por eso pienso que aunque los recuerdos me hacen mal, lo que me asusta en serio es el futuro. ¿Qué voy a hacer yo de mí, Mercedes? Le tengo terror al sinsentido y me parece que mi vida es eso, un sinsentido total.

22

Bueno, ¡por fin! Parece que con el tiempo se ven los frutos, Mercedes. El martes me llamó el ministro de Desarrollo Humano de la provincia del Chaco. Y hoy mismo a la nohcecita tengo que ir para allá. Era algo esperado desde hace meses, pero igual me sorprendió. ¿Cuánto hace que empezamos? A ver... Yo dejé el sacerdocio el ocho de diciembre, y el dos de junio abrimos El Pasaje. Así que van casi dos años y medio ya. ¿Se acuerda el susto que tenía? Yo creía que era por lástima que el obispo me había ofrecido organizar y dirigir una institución, para no dejarme en la calle. Y él me decía que yo tenía capacidad ejecutiva y que ahí podía prestar un buen servicio. Bueno, si es por los frutos, parece que tenía razón. La verdad que yo me miro o hago una evaluación de mí mismo y soy bastante raro, ¿no? Digamos, a partir de que entré al seminario o

de cuando me ordené sacerdote, porque lo de la infancia fue tan traumático que... Pero como cura fui bastante bueno. En los dos pueblos donde estuve varios años se hicieron cosas buenísimas. Con el estudio y dando clase siempre me fue bien, y ¡ahora resulta que también tengo capacidad para ejecutar y llevar adelante proyectos sociales! Aunque lo de El Pasaje, la verdad, no es todo mérito mío: Alicia es una topadora; Lucrecia que empezó hace poquito empuja un montón; y Ramón en Pampa del Indio hace lo suyo. Alicia me dijo ayer que son trescientas veintidós familias las que están inscriptas en el programa, con setecientos cuarenta y seis chicos. Tres pueblos en el Chaco, con actividades culturales, deportivas, de todo. Yo no me imaginaba que íbamos a lograr tantas cosas. Y ahora vamos por más.

Y sí, la verdad que estoy muy entusiasmado. Y una cosa que me tiene contento es que justo voy a estar en Pampa del Indio para el cumpleaños de Elpidio. Esto es un signo de Dios, Mercedes. Así que esta va a ser la primera vez que le voy a dar el regalo personalmente. Le compré una camiseta de fútbol de Argentina, con el número 5, porque él juega en el medio campo. Ya estoy disfrutando de la carita que va a poner cuando se la dé. Lástima que en esta ocasión voy y vengo: el lunes ya estoy acá de nuevo.

Gracias por atenderme. Le pedí venir hoy porque estoy destrozado.

No, el viaje a Pampa del Indio no podría haber sido más lindo. Y hoy de mañana, cuando llego a Córdoba, estoy yendo de la terminal a mi casa, ¡y otra vez la cosa de los colectivos! ¡Tengo una amargura! No hay caso, me voy a tener que convencer de que esto no tiene arreglo. Hace dos años, diez meses y seis días que no tomo alcohol, pero esto es otra cosa, con esto no se puede. Sé que mi vida se hizo ingobernable, y sé que yo no puedo, pero no veo el Poder superior que me vaya a devolver el sano juicio. No le encuentro explicación. La última vez que tomé fue después de cortar con Nora, bueno, se entiende, me sentía muy mal. Pero esto del descontrol en los colectivos me pasa siempre, si estoy bien, si estoy mal y si estoy más o menos. Yo ya no sé qué hacer. Pensé en volver a consultarlo al Dr. Paoli. Él me hizo dejar toda la medicación y yo le estoy agradecido, porque vi que me puedo bancar la angustia sin ansiolíticos, y eso ha sido una gran cosa. Pero yo no le conté todo. Le dije lo del alcoholismo, pero esto de los colectivos no. Tal vez me da algo que me ayude. Si es necesario, yo tomo todas las pastillas que haya que tomar. Qué sé yo. Esto está más allá del alcohol. Es realmente un síntoma de borrachera seca. No me pasa por haber tomado. Se ve que es al revés, empecé a tomar para tapar esto, que es una verdadera mierda. Bueno, no, es inútil la

bronca, no me sirve para nada decir que es una mierda. En realidad es un dolor sin fondo y sin arreglo. Suerte que hoy a la mañana, no sé cómo hice pero fui a la reunión de Alcohólicos Anónimos. Me quedé callado todo el tiempo, y salí... no sé, triste, salí triste. Resulta que justo hoy es primero de octubre y comenzamos a reflexionar sobre el paso diez: Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente. Yo no sé si este paso es para mí, porque yo admito inmediatamente la equivocación, pero, ¿con eso qué? Es algo que está más allá, yo no puedo hacer nada.

Sí, eso lo voy entendiendo, no puedo hacer nada pero tengo que hacer mucho. Solo no lo voy a lograr, ni sé cómo es que se va a producir el cambio, pero sé que tengo que poner el contexto para que las cosas se den: ir a las reuniones, ser humilde y escuchar, venir a terapia. Y más que nada, hacer todo lo que de mí dependa para no engañarme. Eso lo entiendo y trato de hacerlo. Bueno, pero igual, sin dejar de hacer esas cosas que son las importantes, me parece que ir al psiquiatra me puede servir. Aunque, ¿qué sé yo? No sé, en Alcohólicos Anónimos. dicen que no conocen a nadie que se haya curado del alcoholismo con medicación psiquiátrica. Y si esto de los colectivos es peor, ¿qué me va a decir Paoli? Estoy desesperado, Mercedes, necesito hablar con usted y con Roque, y contarle a Paoli también. Yo la angustia de ser un tipo enfermo y hasta un tipo jodido me la aguanto, sobre todo si eso sirve para curarme. Lo que no puedo perdonarme es hacer abuso de los demás. ¡Me da una vergüenza y una

pena! No quiero causar daño a otros. Y esto es para causar daño. Sé que lo hablamos otras veces pero me lo tengo que repetir: esto es solo para causar daño.

Sí, está bien, mejor me sereno un poco. La angustia no me deja ni pensar. Es así, el fin último parece ser dañarme. De golpe entro como en un trance y no soy dueño de mí. El placer es una carnada y en cuanto la trago ya se me clava el anzuelo. Doy vueltas unos minutos como en trance y después la descarga es un momento. Pero no como los momentos tan lindos de los orgasmos con Nora, que derivaban en una felicidad serena y la autoestima arriba. Esto es un desastre, un placer penoso que termina en angustia y me deja destruido. No sé si alguien me puede entender, Mercedes, no sé si yo puedo transmitir lo mal que me siento.



Ya no tengo palabras. Si yo venía re bien... No sabe lo estupendo que fue el encuentro con Elpidio. Dos días y medio que estuve con él. ¡Qué lindo que está ese pibe! El viejo Arias quería que me lo trajera a vivir conmigo. Con la vida terrible que tuvo Elpidio, yo tengo que pensar que alguien lo quiso de verdad, porque si no ¿de dónde saca ese brillo en los ojos? Yo no era así de chico. Con mi mamá depresiva y mi viejo criticándome todo el tiempo, yo no era feliz.

¿Vio? Siempre que caigo en estos pozos de angustia y desesperación termino en la mirada de mi viejo. Él era

jodido y yo le tenía miedo, pero ¿pudo haberme afectado tanto? ¿Qué es esto? ¿Un castigo por la bronca que yo le tenía... y le tengo? ¿Cómo puede ser que todavía esté atrapado en esa historia?

24

Me dejó pensando eso último que me insinuó ayer, que detrás de la bronca y el miedo que le tenía a mi papá había algo de amor. Me cuesta verlo. Cuando yo estaba furioso con él, sentía odio; y cuando no, lo que me invadía era el miedo. No quería ni escuchar que llegaba. Para mí, lo mejor que podía pasar era que viniera tarde, cuando yo ya estaba dormido. Me cuesta ver eso de que yo lo quería. Lo deduzco: si tanto me importaba su opinión habrá sido porque lo valoraba o... Claro, era el único Dios. En ese sentido puede ser, el estar atemorizado y pendiente de su mirada sería una prueba de lo importante que era para mí. Habrá sido amor.

Y dándole otra vuelta a todo esto... No termino de entender si lo que hago es por sometimiento o por rebeldía. Hay momentos en que me parece que yo así me rebelo: muestro que no me importan nada las reglas de mi viejo y que soy capaz de hacer lo que se me viene en ganas. Y después, cuando me veo destruido, pienso que él se salió con la suya y no soy más que un pobre pelotudo que no puede hacer nada. Porque al final termino sintiéndome mal como tantas veces me hizo sentir él.

El otro día lo veía jugar al fútbol a Elpidio. ¡No se imagina la alegría que tenía ese chico! Ahí me acordé de una vez que mi viejo vino a verme jugar. Yo no me destacaba, pero ponía mucho entusiasmo. Y bueno, el día que él fue a verme, yo tenía miedo y entré casi obligado, ni quería que me dieran la pelota. Y a la noche, fue lo peor. Cuando llegó, lo primero que hizo fue correr con torpeza parodiando mi juego para rematar diciendo: todos los días vas a la canchita y no aprendiste nada vos. Me acuerdo y ¡me da un odio! Pero también me pregunto: ¿Qué le pasaba a mi viejo para ser tan cruel? ¿Cómo un padre que dice querer a su hijo puede ser tan dañino? Para mí eso fue terrible. Un padre que mira al hijo con desprecio haciéndolo sentir una mierda es un criminal. ¡Eso sí es una inmoralidad!



Pero lo del fútbol me trajo un recuerdo lindo también. ¿Vio que mi hermana siempre iba a la parroquia? Bueno, más de una vez, cuando pasaba cerca de la canchita y se daba cuenta de que yo estaba jugando, se quedaba a mirarme. Ese recuerdo de cómo me protegía, ella que estaba tan desprotegida como yo, me despierta ternura, gratitud, no sé. Yo pienso que me salvó ella. La pobre se ocupaba de mí con intermitencias, porque tenía que salvarse ella, pero el amor que me dio Normita debe ser lo que me rescató para la vida.

Me quedé callado y me acordé otra vez de mi viejo. No puedo entender que yo todavía hoy esté viviendo tan

dependiente de lo que pensaba él. Opinaba de todo, y todo lo que hacía lo elevaba, no sé, a la categoría de modelo ideal para el mundo. Usted no me va a creer, pero yo me estoy bañando y me acuerdo de que él decía que no había que usar jabones con perfume; meto la mano en el bolsillo y me viene a la memoria lo que él decía de los que andaban con las manos en los bolsillos. Me miro en el espejo y me acuerdo que él decía que usar barba era de zurdos maricas y usar bigotes era signo de virilidad.

No sé, con todo lo que me lastimó yo todavía lo quiero y estoy esperando que me quiera, como si de él dependiera mi vida. Al final debe de ser cierto lo que dice usted... Y ya lo dice el tango: “es tan fuerte mi odio como fue mi amor”.

25

En la sesión de ayer me la pasé hablando de mi papá, pero después pensé que si mi mamá me hubiera mirado un poquito, algo mejor habría salido yo. Igual no sé. Vuelvo a lo mismo: ¿a Elpidio, quién lo miró? La pobre madre, una chiquilina sola, enferma, desamparada, no debe de haber tenido ni energía para mirarlo. ¿Qué iba a dar ella si estaba más vacía que el hijito? El padre, que ni lo reconoció, menos. No sé si la mirada del viejo Arias lo habrá hecho sentir importante, lo que sí es verdad es que el viejo Arias lo cuidó. A Elpidio no le podría haber pasado lo que me pasó a mí con el portero de la

escuela. Si no hubiera sido por Normita que me cuidaba como podía, vaya a saber cómo terminaba todo eso. Mis viejos nunca se habrían dado cuenta de nada. Y algo me tiene que haber marcado a mí la experiencia esa. Dicen que en las historias de los abusadores generalmente salta que ellos mismos fueran abusados. A mí me espanta solo pensar en la posibilidad de que se me hubiese dado por la pedofilia. Lo que yo hago también es un abuso, pero me parece que es menos grave. Tal vez lo que me quedó del tipo ese es la cuestión del disimulo. Algunas de las cosas me las hizo delante de los otros chicos y se hacía el pelotudo, como yo, cuando voy en el colectivo y disimulo... Lo pienso y es una cosa rara lo que me pasa. Porque siempre estoy re perseguido, con terror a que me descubran, y al mismo tiempo me siento un vivo, porque tengo sexo en público sin que nadie se dé cuenta. Cuando la chica se queda quieta, quiero saber si es porque consiente el juego, digamos, o porque no llegué a hacerle notar mi intención. Es como que busco indicios, tengo curiosidad de saber lo que siente el otro y ando ahí, por un borde medio ambiguo. Uh, la palabra "ambiguo" me hizo acordar. Sabe que la semana pasada, cuando viajaba de Santa Fe a Resistencia, en el ómnibus de larga distancia, una chica me apoyó la cola, creo que a propósito, no sé, y eso me perturbó. Me excitó y me puso medio frenético, pero después me tranquilicé, y me volvió el recuerdo de lo que me pasó cuando yo era un púber. ¿Se acuerda que una vez le conté de una mujer más grande que se me apoyó? Bueno, me volvió ese recuerdo pero como algo

lindo, no como pecado. Me sorprendió y me gustó vivirlo de otra manera, como un juego de a dos, una picardía, medio morbosa, pero era la sexualidad de ese momento y ella fue una iniciadora sabia. Lo que más me sorprendió es que ahora lo recuerdo como algo que me dejó bien, nada que ver con lo mal que me siento con las cagadas que me mando en los colectivos que me hacen sentir un pelotudo y termino mal. Una vez Roque me dijo que lo mío es un placer o un goce masoquista, pero la verdad, eso no lo entiendo.

26

Estoy como en terapia intensiva, desde que volví del Chaco y desbarranqué en el colectivo: vengo todos los días acá, voy al grupo de Alcohólicos Anónimos, estoy pensando en cuándo me voy a poder encontrar con Roque, todas las mañanas hago un buen rato de meditación... Ah, y todavía no lo llamé a Paoli, pero cuando salga de acá lo llamo. Y hablando de terapia, yo estuve pensando que aquí con usted hay un enfoque un poco diferente al que tenemos en Alcohólicos Anónimos. Ahí es como que sabemos que hay una fuerza jodida que nos invade, un demonio, digamos, y tratamos de mantenerlo controlado, alejado. Acá es como si usted me dijera que me haga amigo de ese demonio, que hable con él y le pregunte qué quiere. Me acuerdo que una vez usted me dijo una frase, o una idea de Freud. Algo así como

que en la terapia se despiertan los demonios, y que no tenemos que asustarnos. Que al contrario, tenemos que aprovechar la oportunidad para, por lo menos, interrogarlos. Bueno, yo no sé qué quieren, Mercedes, pero si lo que quieren es llevarme al infierno, le digo que ya lo lograron hace rato. Lo que sí veo es que enojarme no sirve, si me los quiero sacar de encima, pareciera que se enfurecen más.

No será siempre así, pero esta vez fue clarito que los demonios aparecieron cuando yo estaba tocando el cielo con las manos. Bueno, esta vez y otras varias me pasó: cuando estoy entusiasmado o idealista, zas, al fondo del pozo. Sin embargo yo conozco gente idealista y entusiasta que no le pasa. ¿Será que tengo un idealismo enfermo?

Sí, es posible que yo me haya hecho idealista tapando todo sin limpiar lo de abajo. Y lo podrido termina saliendo. La verdad, todo lo de la inmadurez sexual y lo de la bronca con mi viejo yo lo tenía re tapado. En eso, la educación dice que hay que tapar lo malo, lo feo, lo sexual, la bronca. Y para mí, con la religión y sobre todo con la formación para el sacerdocio, fue mucho peor. Elegía el idealismo para ser buena persona y por dentro era una caldera levantando presión.

Me acuerdo que una vez Roque, que es re lector, me dijo que si yo seguía tapando me iba a terminar pareciendo a una monjita de una novela de Saer, que empezó con un amor místico por Jesucristo y de a poco fue derivando en un delirio erótico loquísimo.

Sabe que ayer llamé para hablar con el doctor Paoli y me atendió la empleada. Me preguntó quién era yo y cuando le expliqué, ella me dijo: Uh, padre, el doctor murió hace dos meses. La mujer se acordaba perfectamente de mí y me contó que una tarde se descompuso, lo internaron y a los dos días se murió. Un hombre sabio. Ochenta y seis años tenía. Él, que toda la vida atendió pacientes como psiquiatra, me decía que no tomara medicación. Que lo mío era angustia existencial y que eso no se debe tratar con remedios. Me mostró un artículo de él donde repetía de todas las formas posibles que los remedios psiquiátricos son tan inespecíficos que hay que tener cuidado: se deben tomar solo como último recurso. Me acuerdo que un día que tuvimos una charla larga, me dijo: Sabe, padre, hoy la psicofarmacología podría resolver todos los problemas emocionales del hombre, la locura, la violencia, la criminalidad, todo. Claro, el precio sería un poco alto porque significaría practicarles una lobotomía química a todos los que tienen esos problemas. No, padre —me decía—, los psicofármacos hay que indicarlos con respeto y en las dosis más bajas posibles para que la persona siga siendo persona. Me produjo tristeza que se haya muerto, pero también me parece que es un ejemplo, porque dejó una huella de sabiduría y bondad. Y son pocos los que logran eso. Para mí sería el ideal más lindo. Lástima que yo estoy tan machucado que esa no es una meta a la que

pueda aspirar. La verdad que admiro a la gente como el doctor Paoli. Bueno, no sé, vaya a saber si no tenía él también su lado oscuro. Pero hay otra gente a la que conozco bien que es realmente buena y transparente, de una sola pieza, como se dice. Y lo que me duele es que yo no puedo aspirar a una integridad total, para mí es una meta imposible. No es por justificarme, pero tal vez hay algo en la dotación genética. Eso creo que diría la biología. Elpidio, por ejemplo, con las circunstancias tan malas que le tocaron, a lo mejor genéticamente tuvo más suerte que yo. Por ahí yo venía medio fallado y con esos padres, no tuve arreglo. Normita tuvo los mismos padres y por suerte para ella y para todos, salió más entera que yo. Porque yo pienso, Mercedes, le doy vueltas y vueltas, y en algunas cosas incluso llego al fondo de mí mismo: está todo lo de mi viejo, su mirada y su desprecio, que es muy fuerte; después está lo que me pasó de chico, lo de mi mamá depresiva, no sé, son muchas cosas que se fueron sumando. Quise ser idealista y tapando la basura hice un desastre. La rebeldía, fue más una trampa que otra cosa y terminé más sometido que antes. Mi sexualidad quedó inmadura o torcida, no sé, y está lo de masoquismo, que no lo entiendo.

Todo eso que fuimos viendo yo lo veo y lo acepto. Y me esfuerzo por aplicarlo: puedo tratar de ser sincero, de no hacerme trampas, de no justificarme con historias de dolor. Pero igual hay un punto en el que no soy realmente dueño de mí mismo. No creo que se pueda entender todo lo que le pasa a uno. Pienso que por eso decimos

en Alcohólicos Anónimos que somos impotentes y que solo una fuerza exterior a nosotros nos puede sacar del horror. Yo creo en Dios, Mercedes, pero los otros que no creen también salen del alcohol, y de la locura que hay atrás de alcohol, porque hay algo más allá de ellos que los saca. No sé si es el grupo, el poder de la solidaridad, no sé. Ahora yo que soy creyente. Mire, algunas cosas de la Biblia me han conmovido. Pero una de las que más me llega, bah, me desespera y me consuela a la vez, es una cosa que dice san Pablo. El pasaje ese me lo sé casi de memoria: Pablo cuenta que para que las revelaciones maravillosas que Dios le había hecho no lo hicieran poner soberbio, le fue clavado en la carne un aguijón, como un delegado de Satanás, para que lo abofeteara. San Pablo no fue el jefe de la iglesia primitiva, el jefe fue san Pedro, pero san Pablo, para mí, es el verdadero responsable de que el cristianismo se haya extendido por todo el mundo. Bueno, para los cristianos es un verdadero misterio no resuelto el tema de cuál era el aguijón en la carne. Y san Pablo remata el asunto diciendo: Tres veces le rogué al Señor que lo alejara de mí, pero me respondió: Te basta mi gracia, mi fuerza actúa mejor donde hay debilidad. Yo no sé cuál era la espina de Pablo, cuál era ese pecado, ese terrible defecto o lo que fuera que a él lo humillaba tanto, pero que a mí esto que me pasa se me hinca hasta el hueso, eso sí lo sé. Para colmo yo no tengo la fe de él y no puedo asegurar que esta debilidad mía sea para que Dios actúe con su gracia. Aunque una vez, un viejo cura, un santo, el padre Arturo. Ah, a él también le conté todo,

todo de mí. Bueno, él me dijo que sí, que fuera humilde, que tratara de no hacer daño, me acuerdo. Eso me dijo, que tratara de no hacer daño a nadie, pero que con aguijón y todo siguiera brindándome para la gente.

III



Como era su costumbre, con el borde de la mano Pablo desempañó el espejo. Notó un punto rojo en el mentón, y cuando se acercó, se vio igual a su papá, que al afeitarse se buscaba pelos encarnados para arrancárselos con una pincita de cejas. Era la primera vez que notaba el parecido y empezó a observarse para ver otras semejanzas. Encontró dos: la forma de la calvicie incompleta y las arrugas bajo los ojos.

Hizo una mueca imprecisa. No querer tener semejanzas con el propio padre es una forma de soledad, pensó. Qué boludo mi viejo, para qué se hizo el duro, si en el fondo era un hombre solo y triste como yo.

Después de las fiestas podría ir a verlo, se dijo, y le gustó presentir el encuentro. Pero cuando lo imaginó dando cátedra sobre cualquier cosa, el impulso se diluyó. Tendría que inventar un viaje relámpago, así lo veo un rato y sigo, pensó.

Fue a la cocina a preparar el desayuno y oyó que Elpidio entraba al baño.

Cinco minutos después desayunaban juntos. Para colmo ni siquiera voy a poder ir con Elpidio, siguió pensando Pablo, en cuanto lo ve, el viejo se pone incómodo. Si el ruso Urbanosvki fuera alemán, a lo mejor lo miraría distinto al indiecito, como dice él. Pero no sé por qué me hago tanto problema, si el viejo ni siquiera se encariñó con los nietos de sangre, mirá si se va a

emocionar ahora con este nieto postizo de quince que le cayó de sorpresa.

—Te levantaste un poco callado, Pablo, ¿estás triste?
—preguntó Elpidio.

—No —dijo Pablo, y enseguida se corrigió, porque a Elpidio no podía ocultarle casi nada—. Bueno, sí, pensé que tendría que ir a ver al abuelo Ricardo y no me dan muchas ganas.

—Ah —dijo Elpidio, mientras untaba el pan que tenía en la mano.

Y antes de terminar el desayuno remató:

—No te preocupes, Pablo, después de las fiestas, yo me voy a Pampa de Indio por un mes. Nadie me cree, pero en enero es cuando más me gusta el Chaco a mí. Y vos aprovechás para irte unos días con Roque y podés visitarlo a tu papá.

2

Cuando Elpidio se fue al colegio, Pablo, como todas las mañanas se dispuso para la hora de meditación. Desde hacía varios años, ese rato de silencio total en el que trataba de conectarse con sus sentimientos era mucho más enriquecedor que cualquiera de las tantas horas de forzadas meditaciones piadosas.

Cerró los ojos y se encontró preguntándose si la naturalidad de Elpidio cuando dijo “ah” era auténtica o impostada. Siempre se preguntaba cosas como esa y termina-

ba teniendo que reconocer que Elpidio parecía un chico sano y feliz.

Hacía tres años que el viejo Arias lo había llamado:

—Mire, Pablo —le había dicho—, si las cosas siguen así, este año la tortilla se va a dar vuelta y va a ser el chico el que me tenga que cuidar a mí. Lléveselo ahora que terminó la primaria, no espere más.

Con Elpidio en casa, los temores de Pablo se habían ido disolviendo uno tras otro. No tanto porque él hubiera resultado un padre tranquilo y seguro, sino porque Elpidio se había adaptado sin grandes dificultades. Ya antes de empezar primer año, ese mes que anduvo sin nada que hacer en la ciudad, se había enganchado bien con Dieguito, el hijo de Alicia.

—Un amigo de Diego me dijo que soy raro, porque hablo distinto, pero para mí los raros son los de acá. Yo no voy a aprender nunca a hablar con la tonadita cordobesa —le había dicho a Pablo a los dos días de haber llegado.

—No te hagas problemas, para el fútbol no hay tonadas.

—Y uno que me preguntó de dónde era, cuando le dije, me empezó a decir Chaquito.

—Chacazo te van a decir el sábado cuando te vean jugar —le había contestado Pablo.

Y las dos profecías se habían cumplido: a la semana, Elpidio pasó a ser Chaquito para algunos y Chacazo para los amantes del fútbol. Y tres años después, su tonada continuaba siendo casi la misma con la que había llegado.

Unas horas después cenaban tranquilos y Roque preguntó.

—Che, ¿por qué dijiste hoy que no podés con tus pasiones? ¿Tuviste recaídas?

—No, no por suerte. Yo mismo me sorprendí cuando me escuché. Se ve que me lo tomo con más naturalidad, no sé. Con el alcohol vengo muy bien.

—¿Seguís contando los días?

—Sí, llevo siete años y... a ver, treinta y nueve días hoy. Es como un ritual que tenemos para darnos ánimo.

—¿Y con lo otro?

—No, no lo tengo tan identificado. Llevo unos tres años, pero no sé si vale esa cuenta, porque no subo a ningún colectivo. Me cuido a distancia: como tengo miedo de caer, si ando solo, camino, tomo un taxi, voy en auto. No me siento seguro. Pero bueno, creo que Dios me está ayudando.

—Sí, Dios te ayuda, pero como siempre decís, el aguijón no te lo saca, eh.

—De alguna manera sí me lo saca, porque puedo pensar que fue Él quien me mandó a Mercedes, a Alcohólicos Anónimos, a Elpidio, ¿qué se yo?

—Bueno, si querés pensarlo de esa manera...

—No sé —dijo Pablo—. Igual yo no dejo de estar preocupado y atento.

—Creo que hacés bien. No es joda, vos cuidate.

Esa noche se quedaron a dormir en Victoria. Pablo madrugó como siempre, y en la pequeña cocina del apart donde se alojaban, sobre la mesa, había un regalo con una tarjeta: ¡Feliz cumpleaños!

Era un libro. Lo miró con atención: Hasta que puedas quererte solo. ¡Qué título!, pensó. Observó la foto de la solapa: Pablo Ramos. Este hombre tiene una mirada de tristeza muy profunda, se dijo, y le dio miedo de estar viéndose a sí mismo. En la segunda página se encontró con la dedicatoria: Para Pablo, que no me cree, pero yo lo admiro. Roque. 3/1/2017

3

Pablo se bajó en la terminal de Rosario y fue al baño. Orinó, se lavó un poco la cara y las manos y salió con la intención de esperar a Roque en la cabecera del andén 29, pero su amigo ya estaba allí. Apenas un rato después, a cincuenta metros de altura sobre el Paraná, cruzaban el puente rumbo a Entre Ríos. La propuesta de Pablo había sido pasar dos o tres días en Gualaguaychú, con la intención de despejarse, descansar y sobre todo, charlar tranquilo con Roque.

Se entretuvieron dando vueltas por las inmediaciones de Victoria y por casualidad, o no tanto, terminaron llegando a la entrada de la abadía en la que se habían conocido hacía treinta y tres años.

Bajaron del auto, miraron, pero no quisieron entrar.

—Con lo piadoso que eras cuando estabas acá, nunca entendí cómo llegaste a hacerte ateo vos —dijo Pablo.

—Yo me hice piadoso porque tenía un cagazo bárbaro con la sexualidad. Ahora soy un león desdentado, no necesito rezar.

—Me salís con una joda porque no tenés una respuesta seria para darme.

—No te creas —dijo Roque después de pensar un poco—, parece joda pero en el fondo es una gran verdad. Mirá, supongo que con todo el respeto que tenés por Mercedes, ahora valorás las ideas de Freud. El tipo la tenía muy clara: las pasiones humanas son poderosas, no las podés frenar así nomás, necesitás una fuerza equivalente. Y la ética está siempre ahí, pudiendo apenas con la naturaleza animal del hombre. Yo cuando no podía con las pasiones me aferré a Dios.

—Sí, decímelo a mí que ni con la ayuda de Dios puedo. ¡Uh!, perdón que ya metí lo mío yo.

Se hizo un silencio breve.

—Pero en mi caso —dijo Roque—, de verdad explica por qué yo era tan piadoso.

Cuando volvían al auto Roque siguió.

—Ojo, a mí me gusta filosofar y me parece que Freud tenía razón. Dicho de manera un poco solemne: el drama del ser humano es que está atrapado entre las fuerzas de su naturaleza animal y las presiones éticas. Suena fuerte, ¿no? Pero bueno, yo no creo que el psicoanálisis, o cualquier otra ciencia, puedan explicar todo. El hombre es limitado, nunca va saber todo.

A media mañana, tomando mate en la ruta, Roque preguntó:

—Che, todavía no me contaste nada de Elpidio. ¿Cómo anda con el colegio, el fútbol, los amigos?

—Bien, Elpidio anda bien en todo, como siempre. Cuando me vine, él se fue contentísimo a Pampa de Indio por todo enero. Igual, un poco preocupado estoy.

—¿Qué te pasa ahora?

—No, pará, en serio, hay un tema en el que ando medio perdido. Imaginate, yo no sé nada de mujeres y el pibe cumplió quince años. Lo miro, lo observo, veo que le pasan cosas, pero él a mí no me dice nada.

—Bueno, es lo normal, dejá que eso lo hable con otra gente.

—Justamente. Estuve pensando si no sería un buen momento para que vaya a un psicólogo.

—¿Pero el pibe está con problemas o la angustia es tuya?

Pablo no dijo nada.

—Me parece que te estás apurando —siguió Roque—. ¿Lo ves inhibido, acelerado?

—No, no.

—¿Y entonces?

—¿Sabés lo bien que me hubiera venido a mí ir a un psicólogo a los quince?

Pablo hizo una pausa y siguió.

—Uh, te cuento. Mirá lo que pensé el otro día. Estaba con esto de Elpidio en la cabeza y me acordé de Lucy. Me parece que la primera idea fue: a este pibe lo tendría que llevar a lo de Lucy, que le enseñe. Cuando me di cuenta de la boludez que estaba pensando me dije: Yo tendría que ir a lo de Lucy a preguntarle. Ella sí que sabría enseñarme cómo ayudar a Elpidio.

—Y, no sería tan mal idea —dijo Roque sonriendo.

—¿Qué ironía, no? ¡Un cura o ex cura, el presidente de la reconocida Asociación El Pasaje, ir a preguntarle a una prostituta cómo educar sexualmente a su hijo adoptivo de quince años!

Pablo se quedó en silencio, tomó un mate, y siguió.

—Lucy era increíble, lástima que le perdí totalmente el rastro. Pero lo más loco es que después de pensar en lo de Elpidio, me di cuenta de que la estaba extrañando a Lucy porque era yo el que necesitaba que me ayudara a entender lo que me pasa con Lucrecia.

—¡Uh! ¿Qué pasa con Lucrecia? Ni la habías nombrado. ¿Hubo avances?

—No, no —dijo Pablo—. Está todo quieto, o por lo menos a mí me parece. Ni sé lo que siento yo, mirá si voy a darme cuenta de lo que le pasa a ella.

Roque preguntaba sin éxito hasta que en un momento Pablo dijo:

—El otro día, cuando me estaba vistiendo para salir de casa, me di cuenta de que elegí una camisa para ponerme porque ese día ella venía al El Pasaje. Y después, creo que esa misma tarde, la vi linda y pensé:

Ese vestido la favorece, ¿se lo habrá puesto pensando en mí?

Como Roque no decía nada, Pablo siguió.

—Una vez la pesqué que me estaba mirando, pero cuando se dio cuenta, me salió con un comentario tan natural que tampoco supe interpretar si intentaba salir del paso o realmente me quería decir algo. ¿Ves? —concluyó Pablo—, Lucy hubiera sido muy sabia para entender estas cosas. Yo no tengo una idea de lo que me pasa y mucho menos de lo que tengo que hacer.

—Dejá que las cosas sigan su curso —dijo Roque—. ¿Sabés por qué mucha gente dice que no sabe qué hacer? Porque se hace la pregunta antes de tiempo. Y tengo una buena metáfora, mirá: ¿Cómo vas a saber hacia dónde doblar si todavía no se ven la curva ni el cartel? Confía, cuando llegue el momento vas a saber.

Pablo escuchó y se quedó pensando. Después de una pausa, Roque preguntó.

—¿Mercedes qué dice de Lucrecia?

—No sé. Ella indaga, curiosear, te hace pensar, pero no opina. Y con esto se queda más callada que con otras cosas, me parece.

Pablo se recostó en la silla, cerró un momento los ojos, y al abrirlos dijo:

—Roque, ¿sabés una cosa?, con Lucrecia, si yo me escucho a mí mismo, en el fondo, bah, en el fondo y en todas partes, lo que siento es que sería lindo, pero ¡tengo un miedo!

Ya de regreso, a media mañana, cruzaban Entre Ríos camino a Paraná y Pablo dijo:

—Hoy temprano, cuando dormías, me llamó Elpidio. Siempre chateamos, pero esta vez me llamó. Está planificando un viaje a Córdoba con sus compañeros de la primaria. La mayoría nunca salió de Pampa del Indio, imaginate.

—¡Velo al chiquilín liderando a sus amigos!

—Ah, y también me dijo que en estos días está en el pueblo el hijo de Urbanosvki, el que es misionero en África. Eduardo se llama. Vaya a saber si este hombre tiene alguna idea de que Elpidio es medio hermano de él.

—Che —dijo Roque—, si Elpidio te llamó ¿no estará queriendo que vayas? Lo podrías ayudar con lo del viaje de los chicos y, sobre todo, ¿quién mejor que vos para hacer de nexo, a ver si puede hablar con el medio hermano cura que tiene?

—Uh, tenés razón, es cierto. ¿Ves que yo soy medio boludo para estas cosas?

Pablo se quedó pensando y al ratito dijo:

—Ya está, cambio de planes. En vez de ir a lo de mi viejo ahora, me voy al Chaco.

Pasado el mediodía, Roque lo llevó desde Paraná hasta la terminal de Santa Fe. Afuera del auto, el calor era agobiante. Pablo se apuró para a ver si conseguía pasaje a Resistencia. Compró uno para el siguiente coche cama que partiría en dos horas. Tenía por delante un buen rato.

Fue al baño a orinar y acomodarse la ropa y después buscó un bar para sentarse a esperar. El libro que le había regalado Roque lo atrapó y el tiempo se le pasó volando.

En la fila había muy pocos pasajeros, la mayoría ya había subido. Dos chicas, seguramente estudiantes, estaban entregando sus tickets. Detrás de ellas, un señor bastante formal. Y justo delante de Pablo, una chica sola. Vestía un short cortito de jean deshilachado y una musculosa muy suelta que dejaba ver los breteles y los bordes de un corpiño negro. Las estudiantes y el hombre formal subieron al piso superior. La chica, pasaje en mano, con lentitud, tomó su ubicación: en el piso bajo, del lado de la ventanilla en un asiento doble que estaba vacío. A Pablo le pareció atractiva y, a prudente distancia, mientras pudo, la miró discretamente. Buscó su propia butaca: le correspondía una simple, una fila más atrás.

Acomodó su pequeña valija a los pies, debajo del asiento. Se puso cómodo y cerró un momento los ojos. Después sacó el celular y le escribió un mensaje a Elpidio: “Hola”.

La respuesta no se hizo esperar: “Hola. Hace un rato fui a lo del Ruso y lo vi a Eduardo. Parece bueno, pero creo que no sabe nada”.

“Tengo una sorpresa, estoy yendo para allá. A la noche tarde nos vemos”, le escribió Pablo. Y como primera respuesta recibió dos emoticones sonrientes.

Después de que dejaron de chatear, Pablo por un rato no pudo despegar sus pensamientos de Elpidio.

El ómnibus comenzó a alejarse de Santa Fe a marcha sostenida. Pablo miró por la ventanilla: afuera todo se veía aplastado. El sol parecía calcinar la vida que él mismo había hecho florecer. Y todavía faltaba un buen rato para que atemperase su furia.

Pablo se apoyó en el respaldo y agradeció las bondades del aire acondicionado. Volvió a cerrar los ojos y se fue acordando primero de Roque, luego de Lucrecia; pensó un momento en su padre, y enseguida le vinieron imágenes de su hermana Normita. Tuvo un leve sacudón involuntario. Cuando tomó conciencia, esbozó una sonrisa: ya entresueños, así reclinado en el asiento, por un instante había tenido la sensación de que estaba hablando con Mercedes.

Inspiró profundamente, soltó el aire de a poco, y se acomodó para dormir.

ÍNDICE

I 11

II 47

III 103





